



PARTISANOS Y PLEBEYOS

**Una historia del Comando de Organización
de la Juventud Peronista, 1957-1976**

JUAN PEDRO DENADAY



prohistoria
ediciones



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

CEDINPE

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN E
INVESTIGACIÓN ACERCA DEL
PERONISMO

PARTISANOS Y PLEBEYOS

**Una historia del Comando de Organización
de la Juventud Peronista (1957-1976)**

COMITÉ EDITORIAL



Dr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dra. Sonia Álvarez, Universidad Nacional de Salta, Argentina

Dra. Susana Bandieri, Universidad Nacional del Comahue - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. Darío G. Barrera, Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. Ricardo Cicerchia, Universidad de Buenos Aires - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dra. María Silvia Di Liscia, Universidad Nacional de La Pampa – Argentina

Dr. Nicolás Dip, Universidad Nacional de La Plata, Argentina - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dra. María Luisa Femenías, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Dra. Sandra Fernández, Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. François Godicheau, Universidad de Toulouse - Francia

Dra. Miriam S. Moriconi, Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Dra. Carolina A. Piazzì, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dra. Irina Podgorny, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Lic. M. Paula Polimene, Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Dr. Darío Pulfer, UNSAM (Universidad Nacional de San Martín), Argentina

Dra. Ana María Rigotti, Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Lic. Gloria Rodríguez, Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Dra. Laura G. Rodríguez, Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. José Javier Ruiz Ibáñez, Universidad de Murcia - Red Columnaria, España

Dr. Germán F. Soprano, Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Mg. Daniela Zaikoski Biscay, Universidad Nacional de La Pampa - Sociedad Argentina de Sociología Jurídica, Argentina

PARTISANOS Y PLEBEYOS

**Una historia del Comando de Organización
de la Juventud Peronista (1957-1976)**

JUAN PEDRO DENADAY



Rosario, 2022

Denaday, Juan Pedro

Partisanos y plebeyos. Una historia del Comando de Organización de la Juventud Peronista, 1957-1976 / Juan Pedro Denaday. - 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CEDINPE -UNSAM, 2022.

312 p. ; 23 x 16 cm. - Pasado(s) Peronista(s) ; 4.

ISBN 978-987-809-036-8

1. Historia. 2. Peronismo. I. Título.

CDD 320.0982

Maquetación de interiores: Lorena Blanco

Maquetación de tapa: Estudio XXII

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Juan Pedro Denaday

© de esta edición:  **prohistoria**
ediciones

Email: admin@prohistoria.com.ar

www.prohistoria.com.ar

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en FERVIL SRL, Rosario, Argentina,
en el mes de diciembre de 2022.

Impreso en la Argentina

A Polo

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
SIGLAS Y ABREVIATURAS MÁS UTILIZADAS	13
INTRODUCCIÓN	
<i>Problemas historiográficos en torno a un estudio de caso</i>	15
PARTE I	
Los largos sesentas (1957-1972).....	51
CAPÍTULO I	
<i>De la Mesa Ejecutiva a los primeros años del Comando de Organización (1957-1963)</i>	53
CAPÍTULO II	
<i>Un activismo de calle (1964-1972)</i>	81
PARTE II	
El partisanismo setentista (1973-1976).....	121
CAPÍTULO III	
<i>A la caza del infiltrado (1973)</i>	123
CAPÍTULO IV	
<i>El peronismo en la lucha partisana (1973-1976)</i>	177

PARTE III

Dimensiones ideológicas y socio-culturales entre
la historia y las memorias 229

CAPÍTULO V

El peronismo según el Comando de Organización 231

CAPÍTULO VI

*Consideraciones sobre la visión del mundo del
Comando de Organización* 269

CONCLUSIONES 303

AGRADECIMIENTOS

Este libro es una reelaboración de mi tesis de doctorado, defendida a comienzos de 2020 en el posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). El trabajo de investigación lo realicé en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, con financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Mi gratitud hacia estas instituciones, sus directivos y sus trabajadores.

Agradezco a Alejandro Cattaruzza, quien me dirigió en mis tesis de maestría y de doctorado, y me orientó con generosidad en mi carrera académica. En el marco de las actividades del Grupo de Historia Cultural de la Política. Argentina, Siglos XX y XXI (GHCP), con sede en el Instituto Ravignani, y del UBACYT “Las representaciones del pasado en la Argentina, entre las disputas historiográficas y las batallas políticas (ca.1930-1976)”, tuve la oportunidad de discutir mis textos con numerosos colegas. Agradezco los comentarios de Mariela Rubinzal, Camila Perrochena, Belén Zapata, Leandro Lacquaniti, Juan Manuel Romero, Cecilia Belej y Mariano Petrecca.

Agradezco a Omar Acha, de cuyos UBACYT sobre peronismo participé durante casi una década. En dichas instancias mantuve discusiones enriquecedoras con varios colegas, entre los que deseo mencionar a Hernán Comastri y a Mariana Garzón Rogé.

Agradezco a Nicolás Quiroga y a Juan Iván Ladeuix por invitarme a presentar mis trabajos en distintos eventos académicos de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Mi agradecimiento por sus comentarios, que he tenido en cuenta para la elaboración del presente libro, a los miembros del jurado de tesis compuesto por Humberto Cucchetti, Julio Melon Pirro y Marianne González Alemán.

Agradezco a Darío Pulfer y al Centro de Documentación e Investigación acerca del Peronismo (CEDINPE) por considerar mi trabajo como uno de los libros para la colección Pasado(s) Peronista(s). A Prohistoria por la edición, y a Darío Barrera por la sugerencia en la elección del título.

Agradezco a los trabajadores y las trabajadoras de las bibliotecas y hemerotecas en las que desarrollé el trabajo de archivo. A los de la UBA y el Ravignani se suman los de la Universidad Torcuato Di Tella, de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, de la Biblioteca del Congreso de la Nación, del Archivo Nacional de la Memoria, del fondo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires (DIPPBA) de la Comisión Provincial por la Memoria, sito en la

ciudad de La Plata, y del Archivo Histórico Monseñor “José Alumni” de la ciudad de Resistencia, en la provincia del Chaco.

Mi sincero agradecimiento para todos los que me brindaron su testimonio y me aportaron documentos, sin los cuales no hubiese sido posible la investigación que dio origen al presente libro.

SIGLAS Y ABREVIATURAS MÁS UTILIZADAS

AAA	Alianza Anticomunista Argentina
ALN	Alianza Libertadora Nacionalista
APF	Alianza Popular Federalista
APR	Alianza Popular Revolucionaria
CO	Comando de Organización
COR	Central de Operaciones de la Resistencia / Comando de Orientación Revolucionaria
CCYSMNJ	Consejo Coordinador y Supervisor del Movimiento Nacional Justicialista
CGE	Confederación General Económica
CGT	Confederación General del Trabajo
CNU	Concentración Nacional Universitaria
CONINTES	Plan de Conmoción Interna del Estado
CPMNJ	Consejo de Planificación del Movimiento Nacional Justicialista
CSMNJ	Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista
CTP	Comando Tecnológico Peronista
ERP	Ejército Revolucionario del Pueblo
FAP	Fuerzas Armadas Peronistas
FAR	Fuerzas Armadas Revolucionarias
FEN	Frente Estudiantil Nacional
FIP	Frente de Izquierda Popular
FUA	Federación Universitaria Argentina
FUBA	Federación Universitaria de Buenos Aires
JAEN	Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional
JP	Juventud Peronista
JPRA	Juventud Peronista de la República Argentina
JSP	Juventud Sindical Peronista
JTP	Juventud Trabajadora Peronista
JUP	Juventud Universitaria Peronista
MID	Movimiento de Integración y Desarrollo
MNA	Movimiento Nueva Argentina
MNJ	Movimiento Nacional Justicialista
MRP	Movimiento Revolucionario Peronista
MVP	Movimiento Villero Peronista
OAS	Organización del Ejército Secreto (Francia)

OUP	Organización Universitaria Peronista
OUTG	Organización Única del Trasvasamiento Generacional
PB	Peronismo de Base
PCA	Partido Comunista Argentino
PJ	Partido Justicialista
PRT	Partido Revolucionario de los Trabajadores
PS	Partido Socialista
PST	Partido Socialista de los Trabajadores
UBA	Universidad de Buenos Aires
UCR	Unión Cívica Radical
UCRI	Unión Cívica Radical Intransigente
UCRP	Unión Cívica Radical del Pueblo
UES	Unión de Estudiantes Secundarios
UF	Unión Ferroviaria
UOM	Unión Obrera Metalúrgica
SUPE	Sindicato Unido de Petroleros del Estado

INTRODUCCIÓN

Problemas historiográficos en torno a un estudio de caso

Dentro de los frecuentes hechos de violencia que se registraron en los años setenta, especialmente durante el período 1973-1976, se destaca la presencia habitual de la agrupación peronista Comando de Organización (CO).¹ Hasta ahora más frecuentado por autores de textos periodísticos que por los de obras con pretensión académica, el CO ha sido, en general, definido en términos de grupo mercenario, de extrema derecha, y/o como una fuerza de choque de la denominada burocracia sindical. Sin embargo, durante las entrevistas orales que mantuve a partir del año 2012 con exmiembros del CO y, lo que es más importante, y quizá menos previsible, sobre todo en los documentos de época, se revelaron otros rasgos de la agrupación que desentonan con las imágenes antedichas. Más que de un grupo de mercenarios pareció tratarse de apasionados militantes de una causa política. Aun cuando su actividad no excluyó los razonamientos cínicos, como por cierto resulta habitual en el quehacer político, y de haber emprendido acciones delictivas, la determinación decisiva de estas vidas públicas radicó en un fervor ideológico y en una intensa identificación emocional con el movimiento peronista, que hacia 1973 llevaba más de diez años. Al mismo tiempo, más allá de las coincidencias que se registraron entre 1973 y 1976, que además fueron más bien tácticas y ocasionales, las posiciones políticas asumidas por el CO lo distinguieron de varias de las líneas dominantes en las dirigencias del movimiento obrero, en particular del vandomismo, con cuyos miembros sostuvieron enfrentamientos no sólo simbólicos. Así, la caracterización que lo convertía en un grupo mercenario, subordinado a la burocracia sindical o directamente contratado por ella, parecía equívoca e insuficiente. En cuanto a la ubicación en la extrema derecha, anticipo que someteré a discusión la pertinencia del esquema de categorías que presupone para dar cuenta de unos escenarios políticos cambiantes.



¹ La sigla que ellos utilizaban para autoidentificarse públicamente era C. de O., y también es común la referencia como CdeO, con su correspondiente conocimiento oral bajo la pronunciación *cedeó*. Elijo en este libro la opción CO porque respeta el criterio más objetivo usado en general para las siglas, cuya construcción no suele incluir preposiciones. Las otras nominaciones se mantendrán cuando sean empleadas en fuentes citadas de forma textual.

En el párrafo anterior se insinúa un asunto, el de la periodización, que no tardó en revelarse en el curso de la investigación como un tema importante para la indagación de esta agrupación, en particular, y de la violencia política argentina durante los años sesenta y setenta, en general. Como lo indiqué, las referencias al CO suelen estar muy vinculadas a su participación en los hechos beligerantes acontecidos durante el ciclo gubernamental peronista de los años setenta. Aunque la participación de esta agrupación política en aquellos episodios fue relevante, el recorte produce un efecto reduccionista sobre un itinerario más extenso. Una reconstrucción diacrónica nos proporcionará, en cambio, un análisis más rico y complejo. El CO fue la estructura de cuadros de la Juventud Peronista (JP) más añeja entre las que activaron en los años setenta. La reconstrucción de su historia desde sus orígenes adquiere entonces importancia no sólo como fuente de datos fácticos, sino como la punta del iceberg de un problema conceptual de más largo aliento en torno al desarrollo de la violencia política en la historia argentina reciente.

La reconstrucción de la historia del CO a partir de las redes de militancia previa que facilitaron su fundación en el año 1961, permite ubicar la dimensión antimontonera de esta trayectoria como un capítulo muy importante, pero no exclusivo, dentro de un derrotero más extenso que presentó, además, otros antagonismos. La lucha que el CO libró con los grupos guerrilleros durante el tercer peronismo ha llevado a ligarlo a las prácticas paraestatales y parapoliciales de la violencia. En el marco de una historia más larga, sin embargo, esas acciones violentas se aprecian sobre todo como el corolario de una experiencia partisana que se ligó o se enfrentó con las fuerzas represivas del Estado dependiendo de las circunstancias y de las coyunturas políticas. El examen de esta historia nos permite observar el desarrollo de una militancia desde el llano semejante a otras de diferentes signos ideológicos. Esto pondrá en entredicho la idea repetida de que esta agrupación habría actuado como un agente de otras voluntades, sean estas las de las estructuras sindicales, las de los servicios de inteligencia y de las fuerzas de seguridad, o las del omnipresente, según tantos trabajos, José López Rega. Asimismo, esa historia *larga* del CO permite observar, como se indicó más arriba, que la relación con las cúpulas sindicales peronistas no sólo no permite definirlo como un grupo a su servicio, sino que, en los hechos, estuvo lejos de ser armoniosa. A su vez, la imagen que hacía del CO un mero grupo de choque predispuesto a la acción violenta, contrasta, como podremos apreciar más adelante, con la importancia que sus cuadros le otorgaban a los problemas ideológicos dentro de su concepción de lo político.

El problema de la posición ideológica y política que ocupó el CO también debe ser atendido. Especialmente a partir de las producciones provenientes del periodismo, del ensayismo y de las memorias se fue consolidando, sobre todo desde el retorno de la democracia, una visión que no ha dejado de tener influencia en algunas producciones académicas. Esta visión, que recoge además fragmentos acuñados en los propios años setenta, en sus versiones más sumarias plantea que el enfrentamiento del peronismo setentista se dio entre lo que se denomina la derecha y la izquierda peronista. El grupo que aquí se examina es instalado en el primer polo. La imagen que suele ofrecerse de la derecha peronista en aquella producción, sin

embargo, exhibe costados contradictorios, algunos de ellos ya mencionados. Por un lado, sus integrantes son presentados muchas veces como mercenarios carentes de toda ideología, dispuestos a accionar persiguiendo una pulsión asesina o meros intereses materiales. Al mismo tiempo se subraya sin embargo la existencia de fuertes influencias ideológicas en sus filas, que serían además extraperonistas, y estarían ligadas a los idearios fascistas y nacional-socialistas. En suma, bajo esta conceptualización el objeto ingresaría más en una historia de las llamadas derechas extremas que del peronismo propiamente dicho.²

Más allá de este tipo de contradicciones, de las que se han mencionado sólo algunos ejemplos, en el análisis de aquello que se unifica como una *derecha peronista* la pretensión de tornar homogéneo a un actor así denominado choca con la evidencia empírica. En rigor, se trataba de un conjunto muy variado de agrupaciones, redes, y organizaciones de distinto tipo, que cobijaban desde activistas y dirigentes sindicales, pasando por militares retirados y grupos políticos de nacionalistas peronizados, hasta sectores de extensa trayectoria en el seno del justicialismo, como el propio CO. Dentro de este variado y múltiple conjunto de actores, que incluía desde moderados hombres de palacio hasta activistas partisanos, ni siquiera resulta fructífero homogeneizar a aquellos más beligerantes. Porque los grupos que coincidieron en la defensa del palco oficial el 20 de junio de 1973 en Ezeiza, y en el posterior combate antiguerrillero, tenían historias, visiones del mundo y prácticas políticas a las que sería un equívoco presentar unificadas. Como podrá apreciarse, a menudo estos sectores disputaban entre sí porciones de poder dentro del movimiento justicialista, y la violencia política que ejercitaban presentaba singularidades.

Necesita destacarse que si el peronismo nunca fue monolítico (como lo demuestran, entre otros estudios, los referidos al partido), en los años sesenta y setenta resultó especialmente abigarrado y contradictorio. El intento de ordenar esta marcada heterogeneidad a través de la dicotomía izquierda-derecha resulta tentador. El problema es, a mi juicio, que el procedimiento expeditivo que brindan las categorías de la topografía parlamentaria produce efectos conceptuales e historiográficos que, si tranquilizan porque parecen clarificar rápidamente, también simplifican. Me interesa desde ya dejar en claro que hacer históricamente inteligible el derrotero del CO dentro de una historia del peronismo, como propone este libro, y no de las derechas, como lo hacen otros trabajos, es para mí un problema de estricto orden conceptual, no de tipo axiológico. Esto no hace ni más ni menos condenable al objeto en términos ético-políticos; tema por cierto muy complejo que, como historiador, no me propongo resolver aquí.

2 Ejemplos que dan cuenta de lo difundido de esta imagen en textos propios del periodismo de investigación, de la producción académica, y de la intervención en los medios de comunicación masiva, pueden hallarse, por ejemplo, en Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, Buenos Aires, Planeta, 1995 [1985], p. 171; Miguel Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Booket, 2006 [1997], p. 710; Susana Viau, "La historia de una banda impune", en *Página 12*, 7 de enero de 2007; y, en el marco de un análisis histórico general, en Marcos Novaro, *Historia de la Argentina 1955-2010*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 123.

En términos analíticos no se trata sólo de resaltar la multiplicidad de aquello que denomino un *mosaico peronista*, porque entonces las posibilidades de hacer inteligible el proceso histórico más allá de un rígido empirismo se verían menguadas. Prácticamente cualquier conceptualización está destinada a naufragar ante la rigurosa meticulosidad de los estudios de caso, y los hechos únicos e irrepetibles. Pero no menos pronunciado es el riesgo de recaer en esquematismos y simplificaciones de las complejidades propias de la dinámica histórica. Este es para mí uno de los efectos problemáticos del uso excesivo de las metacategorías de la topografía parlamentaria como recurso sistemático de ordenamiento del comportamiento de los actores políticos.

Procurando soslayar esos dos extremos conceptuales tomo de los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari la propuesta teórica de establecer una dialéctica entre micro y macropolítica.³ A nivel micropolítico el peronismo de los años sesenta y setenta necesita concebirse como una multiplicidad.⁴ Las numerosas teselas del mosaico peronista estaban sobredeterminadas por las posiciones ideológicas, las prácticas políticas, las relaciones mantenidas con el Estado, las situaciones de clase, los ámbitos de sociabilidad, los niveles educativos, los campos de intervención profesional, las historias respectivas dentro del movimiento peronista, los conflictos políticos coyunturales, entre otros factores a tener en cuenta.

La multiplicidad micropolítica se articuló, dependiendo de las circunstancias, a través de distintos conflictos macropolíticos. Los conflictos macropolíticos fueron cambiando tanto a nivel de la escena nacional como de la interna peronista. Por otra parte, distintos conflictos macropolíticos podían convivir y superponerse. Por ejemplo, a partir de mayo de 1973 el conflicto más decisivo de la escena pública pasó a estar determinado por la interna del movimiento peronista, que se procesó, en buena medida, mediante métodos partisanos. Pero este nuevo y decisivo conflicto se solapó con el más añejo que dividía a los peronistas y los antiperonistas, no lo anuló. Los fines que se propusieron los protagonistas del golpe de Estado militar del 24 de marzo de 1976 dejaron en evidencia que aquel viejo antagonismo seguía siendo crucial para la intervención de actores que habían perdido centralidad de modo sólo aparente y circunstancial.

El conflicto macropolítico del primer lustro de los años setenta encontró su determinación decisiva en la aparición de un fenómeno novedoso que colisionó con los fundamentos históricos del populismo peronista: la emergencia de una corriente

3 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 2015, pp. 214-223 [*Mil plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, París, Les Éditions de Minuit, 1980] Traducción de José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta.

4 El concepto de multiplicidad es una clave en la filosofía política de Deleuze. Sobre el particular puede consultarse el capítulo "Multiplicidad" en el libro de John Rajchman, *Deleuze. Un mapa*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, pp. 53-78. [*The Deleuze Connections*, Massachusetts Institute of Technology, 2000] Traducción de Elena Marengo. En relación con un análisis más directo de lo político ver el capítulo "Diferencia y multiplicidad" de la obra de Paul Patton, *Deleuze y lo político*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, pp. 51-78. [*Deleuze and the Political*, Routledge, London, 2000] Traducción de Margarita Costa.

juvenil socialista con poder para desafiar el liderazgo mismo de Juan Domingo Perón.⁵ Dar cuenta de este conflicto en términos de izquierdas y derechas tiene unas consecuencias conceptuales que pueden prestarse a la confusión. No sólo porque, como se ha indicado, al unificar en unas derechas peronistas (aún concebidas en términos plurales) a todos los variados actores que se opusieron al proyecto montonero se recae en una homogeneización excesiva, sino porque el proyecto socialista de los jóvenes entró en conflicto con posiciones, instituciones y agrupamientos tradicionales del peronismo y, lo que fue muy importante en un movimiento populista de carácter personalista, con el mismo Perón.

En una diferencia notoria con los desafíos previos a su liderazgo (de los neoperonismos, del vandomismo y del paladinismo), el conflicto de los jóvenes radicalizados con Perón imbricó una puja de poder con disidencias ideológicas de alcance estratégico. No se advierten en los sesenta y setenta novedades sustanciales en la ideología y el proyecto político de Perón y sus seguidores más clásicos como para que pueda hablarse de una renovación derechista del populismo peronista. Esto sólo podría concebirse (aunque no se trataría ya de una renovación sino de una continuidad) si el razonamiento es llevado hasta el final para sostener que, dado su consuetudinario anticomunismo, y la presencia de componentes tradicionalistas, conservadores y jerárquicos que lo acompañaron desde su aparición, el peronismo *siempre* fue de derecha. Claro que utilizando este criterio las posiciones políticas que no quedarían ubicadas en la derecha serían escasas por fuera de la izquierda anticapitalista más definida. Esta fue la posición que sostuvo León Rozitchner, quien consideraba que Perón era de derecha, y los antiperonistas también, porque según su índice marxista son de derecha todos los actores políticos que defienden el modo de producción capitalista.⁶

Desde mi punto de vista es conceptualmente poco rico considerar al peronismo como parte de la tradición de las derechas porque, como lo señaló Gino Germani para muchos otros movimientos políticos emergidos con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, el carácter heteróclito del populismo peronista estuvo dado justamente por la *mixtura*, en su mismo cuerpo de ideas y en sus prácticas políticas y estatales, de elementos provenientes de las tradiciones de izquierdas y derechas.⁷ Los elementos anteriormente mencionados que podrían asociarse a la tradición de las derechas políticas se imbricaron en el peronismo con la redistribución igualita-

5 Como es sabido, la adhesión de actores que veían en el peronismo el medio para la consumación de un objetivo ulterior, al que genéricamente denominé socialismo, fue un fenómeno que aconteció ya durante el peronismo clásico, tanto en lo que refiere a sindicalistas y políticos como a cuadros técnicos e intelectuales. La diferencia significativa durante el tercer peronismo estuvo dada por la relevancia política que adquirió esta tendencia que llamo socialista. Además, esta posición presentó entre los jóvenes setentistas unos tonos novedosos relacionados con los distintos y conocidos procesos suscitados en la escena internacional.

6 León Rozitchner, *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012 [1984], p. 264.

7 Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1971 [1962], pp. 169-216.

rista de la renta, el mayor intervencionismo económico, la expansión de las políticas públicas, la erosión de la deferencia social, la ampliación de la participación política de las masas, el creciente poder de las organizaciones obreras en la vida pública, entre otras realidades a considerar. Varios de los grupos del conjunto que en los años setenta suele ser identificado como una *derecha peronista*, caracterización cuya pertinencia se ha cuestionado aquí, después de todo parecían sostener de forma bastante consecuente las visiones ideológicas y las posiciones políticas ya presentes en el peronismo clásico. ¿Con el término derecha se quiere entonces categorizar a todos los que se oponían a los proyectos socialistas o se nomina alguna novedad sustancial con respecto al clásico proyecto de capitalismo administrado y reforma social del populismo peronista?

Este problema se vincula también con el de las relaciones entre la violencia política y el Estado durante el trienio peronista de los setenta. En la medida que los grupos peronistas antiguerrilleros defendían al gobierno se puede presuponer (y a veces comprobar) el financiamiento estatal y la colaboración de las fuerzas de seguridad con estos grupos, los violentos y los no violentos, tales como la Organización Única del Trasvasamiento Generacional (Guardia de Hierro más Frente Estudiantil Nacional) y el Encuadramiento de Juventud Peronista (también conocidos como los Demetrios). No obstante, es necesario diferenciar entre los grupos que accionaban políticamente y los que usaban armamento y asesinaban, y considerar que dentro de estos últimos no todos revestían el mismo carácter. Una mirada historiadora necesita reparar en la diferente naturaleza que existía entre una banda organizada desde el Ministerio de Bienestar Social (aun cuando muchos de sus integrantes también podían exhibir militancias políticas previas y no eran en todos los casos simples mercenarios)⁸ y grupos que, como el CO, tenían una larga trayectoria política ligada al uso de la violencia en la escena pública. Cómo se apreciará, este problema está vinculado a otras explicaciones que intentan dar cuenta del todo a través de la parte, como la ya mencionada apelación al secretario privado de Perón y el grupo paraestatal que él habría instigado y dirigido, la denominada Alianza Anticomunista Argentina (AAA).

Finalmente, otra cuestión de importancia que se me presentó en torno al caso del CO fue el de su composición social. Con los límites que imponen las dificultades propias de la tarea de reconstrucción de esta dimensión, en particular cuando se trata de organizaciones políticas semiclandestinas, menos formales que un partido, sin afiliaciones propias, tal como fueron las varias versiones de la juventud peronista de la época, como veremos hay evidencia que sugiere como un rasgo distintivo del CO el origen popular y el bajo nivel educativo formal de la mayoría de sus miembros, características predominantes tanto en sus elencos directivos como entre su base militante. Cabe interrogarse sobre si este marcado perfil socio-cultural plebeyo puede haber sido un condicionante para la casi nula presencia de sus voces

8 Como veremos más adelante, el mercenario carece del compromiso político que distingue al partisano.

al momento de reconstruir el papel del CO en la historia de la época, fuera a través de los libros de memorias militantes, de divulgación, o de corte más académico.

Todos los grupos partisanos, incluido el extraperonista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP),⁹ tuvieron militantes de origen obrero y popular. No obstante, constituye un dato a considerar el hecho de que el fenómeno guerrillero argentino estuvo fuertemente ligado al reclutamiento militante entre las clases medias y altas, con especial asentamiento en las instituciones universitarias a las que asistían buena parte de sus franjas jóvenes ilustradas.¹⁰ En el caso de Montoneros, que adquirió una relativa masividad a través de las organizaciones de superficie que activaban en el seno del movimiento peronista, el componente popular no estuvo ausente entre su base militante. Esta presencia también resultó relevante en el caso de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB). Sin embargo, el montoneroismo¹¹ resulta históricamente ininteligible sin detenerse en la adhesión de sectores radicalizados de franjas juveniles de las clases medias, particularmente de los universitarios que nutrieron copiosamente su estructura de cuadros.

El caso partisano del CO contrasta con otros porque estuvo desligado de dichos ámbitos socio-culturales. Esta diferencia social y educativa se relacionó con una distancia ideológica y cultural que no se presta a ser interpretada linealmente, pues otros grupos con ascendencia entre los profesionales y estudiantes universitarios, como la OUTG, los Demetrios y la belicosa Concentración Nacional Universitaria (CNU), fueron también marcadamente antimontoneros. Lo mismo ocurrió con sectores extendidos de la burocracia política y técnica del justicialismo, reclutada también de modo mayoritario entre las clases medias y altas con estudios universitarios. Pero tampoco parece pertinente soslayar por completo este contraste socio-cultural al momento de explicar, de un modo más global, el conflicto político e ideológico suscitado entre el juvenilismo socialista del peronismo setentista y las clientelas proletarias más tradicionales del movimiento, las cuales, mayoritaria-

9 Sobre la experiencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) ver Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno. 2011.

10 Cabe anotar, no obstante, que, según el testimonio del exdirigente Luis Mattini, la presencia de los jóvenes de clase media de procedencia universitaria también habría sido decisiva entre estos irregulares. Mattini resaltó que las dificultades iniciales que tuvo la policía para detectar a los integrantes de la guerrilla de izquierda se vinculaba a que sus consuetudinarias redes de contacto “entre el hampa y el lumpenproletariado” no les servían para combatir a la naciente guerrilla, en tanto esos ámbitos no tenían “contactos con esa juventud, que para colmo abandonaba las universidades, desaparecía de la vida pública y desorientaba a la represión”. Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990, p. 84. Por otra parte, la llamada táctica de *proletarización* que se dio esta agrupación revela cierta exterioridad socio-cultural con respecto a la clase obrera a la que procuraban acercarse en razón del lugar que esta estaba destinada a ocupar en su estrategia ideológica.

11 Uso este término para referirme a la más amplia corriente de simpatía política que despertó la Tendencia Revolucionaria. Hago la aclaración porque resulta menos frecuente, aunque es evidente que respeta la misma lógica nominativa que las referencias al peronismo, al vandomismo, al paladismo, etc.

mente, se mantuvieron leales al liderazgo político de Perón y a los sentidos populistas y reformistas clásicos de la llamada Doctrina Peronista.

¿Hasta qué punto una agrupación como el CO reclama ser comprendida en el marco de la pervivencia de aquel imaginario mayoritario entre los partidarios peronistas y, en qué medida, puede ser interpretado como un emergente de la misma radicalización beligerante de los años sesenta y setenta? ¿Podían estas prácticas políticas, novedosas y vanguardistas dentro del peronismo, convivir con un universo simbólico que no se sustraía de los sentidos populistas que habían distinguido al movimiento de masas que comenzó a gestarse en 1943 de la mano de un liderazgo militar? Este ideario tradicional del peronismo, ¿se había visto endurecido y radicalizado entre sus activistas a partir de 1955, cuando crecieron los contactos con los militantes provenientes de la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN)? ¿En qué medida entre estas influencias y las posteriores a la Revolución cubana, que se volverían progresivamente populares entre franjas de militantes juveniles crecientemente volcados al peronismo, se fue incubando el huevo de la serpiente que vería la luz al regresar el peronismo al gobierno en 1973? Si se atiende a los matices que se insinúan por detrás de estos interrogantes, podría considerarse la alternativa de concebir tanto a los Montoneros como al CO más que como fuerzas respectivamente revolucionarias y represivas, como expresiones peronistas semejantes y antagónicas del mismo proceso de radicalización partisana. La búsqueda de respuesta a algunas de estas cuestiones constituye la bitácora del presente libro.

Un estado del arte para un debate historiográfico

A continuación pasaré revista, bajo un ordenamiento que respeta un criterio más temático que cronológico, a aquellos trabajos que utilizo como un insumo para construir los problemas historiográficos en torno al caso de estudio de este libro.

Un estado de la cuestión sobre la violencia política en la historia argentina reciente, publicado por Luis Alberto Romero en el año 2007, identificaba a las organizaciones políticas de cuadros (los “partidos armados”) exclusivamente con la izquierda. Romero encontraba al peronismo opositor a Montoneros en la persona de Perón y en los dirigentes sindicales, y al referirse al “episodio Ezeiza” diluía las identidades de los varios actores antimontoneros.¹² El vacío historiográfico que se intuía por detrás era llenado con generalizaciones, como la apelación al significante *Triple A*, que venía a ofrecer una salida rápida que borraba la historia de la violencia antiguerrillera y unificaba grupos de distintos orígenes, estructura y modos de acción. Un año más tarde, Alejandro Cattaruzza destacaba que la radicalización

12 Luis Alberto Romero, “La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión”, en Anne Pérotin-Dumon –directora– *Historizar el pasado vivo en América Latina*, Santiago de Chile, 2007. [En línea] <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/romero2.pdf> [Consulta 13 de agosto de 2022]

política en los prolegómenos de los sesenta no se había dado sólo en la izquierda, y mencionaba el caso relevante de Tacuara.¹³

Se advertía así sobre la vacancia historiográfica en torno a las zonas no izquierdistas de la radicalización política, de la que este libro se propone dar cuenta haciendo foco en una experiencia poco investigada del activismo peronista. Hasta bien entrada la primera década del siglo XXI había sido claramente mayoritario el interés por las corrientes de izquierda y la guerrilla, y aunque la relativa masividad adquirida por Montoneros en los años setenta justificaba en parte aquella aproximación, lo que se desconocía de la historia argentina reciente al desestimarse otros problemas y otros actores se torna relevante al momento de construir una mirada historiográfica más global y matizada del período. Así, por ejemplo, la violencia antiguerrillera bajo el tercer gobierno peronista deviene menos abrupta y se hace históricamente más inteligible. Al indagar en la historia del CO, una agrupación de arraigo en las formaciones juveniles del peronismo desde comienzos de los años sesenta, protagonista importante del tiroteo de Ezeiza y de la beligerancia partisana entre 1973 y 1976, este libro colabora en la tarea de cubrir aquel vacío historiográfico, que, como veremos más adelante, ya conoce algunos avances significativos.

Me interesa retomar del conocido libro de Daniel James un enfoque interesado en una experiencia obrera de adhesión al peronismo que no fue analizada sólo en términos economicistas, sino que reparó también en su fuerte impronta político-ideológica. Para James no se trata tanto de constatar la evidencia de que el peronismo solucionó muchos reclamos sociales de los obreros, como de buscar la respuesta a la pregunta acerca de por qué aquellas soluciones se procesaron a través del peronismo y no de alguna otra expresión política. El diferencial de la propuesta historiográfica de James radicó en que se propuso reparar en las “cualidades distintivas” que habían hecho exitoso al movimiento peronista, y a esos fines propuso “considerar seriamente el atractivo político e ideológico de Perón”. Tal atractivo estaba vinculado a una doctrina peronista que no era ideológicamente tan exigente como el marxismo, ya que asumía como legítimos la mayoría de los hábitos y comportamientos consuetudinarios de los trabajadores argentinos.¹⁴

Las ideas peronistas fueron estratégicamente procapitalistas y, al mismo tiempo, afirmaron los derechos del trabajador dentro del sistema. Esto último facilitó una “cultura de oposición” y de blasfemia antielitista que, para James, colaboran a explicar la conducta de la clase obrera una vez que fuera derrocado el gobierno justicialista en 1955. La Resistencia peronista tuvo expresión tanto en el ámbito de las fábricas como en la acción de los comandos clandestinos y consolidó en zonas

13 Alejandro Cattaruzza, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983-2008): una aproximación”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Buenos Aires-París, 2008.

14 Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 27-50. [*Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class (1946-1976)*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988] Traducción de Luis Justo.

del activismo una cultura de intransigencia.¹⁵ Esta conciencia práctica fue más radicalizada que la ideología predominante en la Resistencia, cuyo basal nacionalismo económico no se sustraía de “los principios ideológicos tradicionales propios del discurso formal del peronismo en el poder”.¹⁶ Sin embargo, y este señalamiento es muy importante para enmarcar el caso aquí analizado, la *línea dura* se afirmó para el historiador británico en términos de lo que Raymond Williams denominó una *estructura de sentimiento*, cuyos sentidos referían a posiciones morales antes que a una reelaboración del peronismo en términos ideológicos.¹⁷

Cuando en el período 1962-1966 se consolidó el vandomismo, la impugnación de los *duros* se hizo sobre la base de una reivindicación del heroísmo del período de la Resistencia, invocando al mismo tiempo la lealtad a Perón. Durante el período de la Revolución Argentina crecieron las tendencias de izquierda, emergió la guerrilla y el clasismo se extendió en algunas zonas del movimiento obrero. El límite para el proyecto de figuras como Agustín Tosco y René Salamanca fue que la diferencia ideológica que mantenían con sus bases, mayoritariamente peronistas, pasó relativamente desapercibida cuando se trataba de pelear por el fin de la dictadura militar y alentar el conflicto social, pero resultó un escollo difícil de sortear cuando el peronismo regresó al poder estatal en 1973.¹⁸ La conclusión de James es que en el período 1955-1973 el peronismo se mantuvo vital en razón de su capacidad para seguir expresando la dimensión “herética” de los sectores de trabajadores que integraban el movimiento. La identificación de los trabajadores con la experiencia de 1946-1955 seguía siendo lo suficientemente poderosa como para que las alternativas de izquierda durante el período de la proscripción encontraran claros límites al momento de disputarle al peronismo y sus cúpulas sindicales más poderosas la adhesión masiva de los asalariados.¹⁹

Julio Melon Pirro, por su parte, en una obra exhaustiva y rica en matices, dio cuenta del proceso de reacomodamiento y reinención de los múltiples actores peronistas colocados súbitamente en el llano luego del golpe de Estado de 1955. Para los que comenzaron a transitar una zona de acción directa hasta entonces poco explorada por un movimiento político verticalista y personalista que había ocupado la centralidad estatal, la “política de la resistencia” se manifestó en un repertorio de acciones que Melon Pirro define como un “terrorismo inocente”. Este iba desde el sabotaje y el atentado con el llamado *caño*, hasta la espera de una acción redentora por parte de algún militar aliado. Todo el lenguaje, los símbolos, los ámbitos de sociabilidad, el corte etario predominante, y las influencias ideológicas que Melon Pirro distingue como características del cúmulo disperso de los activistas resistentes, remite a un mundo político, social y cultural del que los actores que estudia

15 Daniel James, *Resistencia e integración...*, cit., pp. 50-59 y pp. 69-125.

16 Daniel James, *Resistencia e integración...*, cit., p. 129.

17 Daniel James, *Resistencia e integración...*, cit., pp. 183-184.

18 Daniel James, *Resistencia e integración...*, cit., p. 325.

19 Daniel James, *Resistencia e integración...*, cit., pp. 347-349.

este libro fueron claramente herederos. Aunque no exclusiva, la presencia de los jóvenes pareció ser significativa entre esos activistas organizados en el ámbito barrial, que iban generando “otro peronismo” al calor de una lucha planteada bajo la novedad de un Estado hostil. Para estimular su gesta los peronistas resistentes recurrieron a expectativas de cuño romántico, se organizaron en agrupaciones que mayormente denominaban *comandos*, y recibieron influencia de los núcleos nacionalistas al momento de entrenarse en las prácticas pendercieras (que ejercitaban de forma rudimentaria y hasta torpe), y en la adopción de unos horizontes ideológicos relativamente más radicalizados.²⁰ Este panorama sirve como punto de partida y facilita la detección de algunos cambios históricos al someterlo a una mirada diacrónica retrospectiva. Por ejemplo, veremos que con el paso del tiempo el CO realizó acciones cuyo nivel de violencia política era claramente superior al “terrorismo inocente” de la Resistencia inicial.

Al detenerse a analizar las relaciones entre el peronismo y la cultura de izquierda argentina entre 1955 y 1966, Carlos Altamirano resaltó que el intento del Partido Comunista por realinear el combate político por fuera de la dicotomía peronismo-antiperonismo fracasó en tiempos de la Resistencia peronista, porque para la mayoría de la clase obrera sus reclamos sociales corporativos no estaban desligados de la lealtad al líder exiliado, y el sentido político identitario de esa acción social no era secundario como lo pretendían los comunistas, sino decisivo.²¹ Este asunto me interesa porque la persistencia de la identidad peronista tradicional alimenta la pregunta acerca de por qué luego el clivaje interno del peronismo setentista fue analizado bajo la dialéctica izquierda-derecha. ¿Cuántos de los componentes que se definirán como *de derecha* en el primer lustro de la década del setenta se diferenciaban realmente del sentido populista de aquel peronismo clásico que, de acuerdo con James, había perdurado en la conciencia de las masas y, elaborada como doctrina, entre sus cuadros dirigentes en distintos ámbitos de acción (directa, sindical, política, tecnocrática, castrense, empresarial)?

Altamirano se detuvo en otras cuestiones de importancia para los problemas historiográficos que abordamos en este texto. La primera, que aún los partidos mayores de la izquierda, como el Socialista y el Comunista, eran actores secundarios en el juego político, porque este contaba con otros protagonistas más salientes: las Fuerzas Armadas, las corporaciones empresarias y el sindicalismo peronista.²² Por tal motivo, para Altamirano la inflexión introducida por la revisión del peronismo entre las izquierdas tuvo más impacto como fenómeno cultural e ideológico que estrictamente político. Así, la reinterpretación del hecho peronista no vendría a “alterar lo que la izquierda era ya en la sociedad argentina: más un área activa de la vida ideológica, cuya clientela primordial radicaba en los sectores medios ur-

20 Julio Melon Pirro, *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.

21 Carlos Altamirano, “Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina (1955-1965)”, en Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2011 [2001], p. 66.

22 Carlos Altamirano, “Peronismo y cultura de izquierda...”, cit., p. 68.

banos, que una fuerza de significación en la arena política”.²³ La segunda era que la “empresa revisionista” del hecho peronista estaba vinculada a la emergencia de una nueva generación intelectual. No hubo ningún otro acontecimiento que, como el peronismo, haya operado en la conciencia ideológica de los jóvenes como el “organizador simbólico” de su experiencia. La tercera cuestión es que el peronismo no fue representado sólo en el discurso de “los *otros*”, sino que implicó movimientos de autointerpretación de los propios peronistas. En cuarto lugar, Altamirano señaló (a partir de una cita de Enea Spilimbergo del año 1959) que la izquierda predispuesta a revisar el “hecho peronista” se debatiría durante “los diez años posteriores a 1955 (y aún durante mucho más tiempo, en realidad)”, entre la expectativa de que se produjera o una crisis o una trasmutación del movimiento peronista.²⁴ Este señalamiento me parece relevante porque evidencia la mirada externa de la izquierda con respecto al peronismo. Esta era lógicamente muy distinta a la que sostenían los peronistas clásicos, quienes rechazaban esas expectativas de cambio porque precisamente defendían la continuidad de un ideario populista contra influencias que consideraban extrañas y, en el caso del marxismo, antagónicas.

En su clásico libro sobre Montoneros, aunque lo presentaba como una “historia crítica”, y en muchos puntos efectivamente lo era, Richard Gillespie no dejaba de compartir con su objeto de estudio varios supuestos sobre la historia del peronismo. Así, el historiador británico señaló que la idea de los Montoneros de que la “contrarrevolución” de 1955 había tenido un efecto “purificador” sobre el peronismo al excluir a los “burgueses oportunistas” era correcta. El error de los activistas habría radicado en no prever que los que habían “abandonado el barco” en 1955 volverían a subirse a él en 1973.²⁵ Esta aseveración admite varias consideraciones y la inclusión de matices. Por un lado, no es riguroso afirmar que todos los sectores burgueses, moderados y burocráticos del ala política y sindical peronista hayan defecionado en 1955. Muchos fueron detenidos y otros siguieron participando en el peronismo de diversos modos, aunque no se volcaran a la acción directa (sea en razón de su condición etaria, su sensibilidad política o su actividad profesional). Por otro lado, no todos los *duros* fueron de izquierda, incluso más importante pareció ser durante la Resistencia peronista la influencia de las versiones radicalizadas del nacionalismo.²⁶ Más aún, muchos de los cuadros peronistas que Montoneros denunciaría como *traidores* en los setenta provenían del peronismo clásico y habían cumplido un papel destacado durante la Resistencia y el período de la proscripción. En rigor, la verdadera novedad durante este período fue precisamente la adhesión

23 Carlos Altamirano, “Peronismo y cultura de izquierda...”, cit., p. 70.

24 Carlos Altamirano, “Peronismo y cultura de izquierda...”, cit., pp. 80-81.

25 Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008 [1982], p. 169. [*Soldiers of Peron. Argentina's Montoneros*, Nueva York, Oxford University Press, 1982] Traducción de Antoni Pigrau.

26 Laura Ehrlich, *Rebeldes, intransigentes y duros en el activismo peronista, 1955-1962*, Tesis de maestría, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010.

de franjas de la juventud de clase media al peronismo.²⁷ Reordenar el relato de la historia del peronismo fue parte de la lucha simbólica que entabló Montoneros para su disputa política dentro de ese movimiento, y la forma en que Gillespie da por buenos en más de una oportunidad sus argumentos no parece acertada. Así, Gillespie afirma que los Montoneros ingresaron “totalmente desprevenidos” al conflicto interno de 1973, porque creían que todos los peronistas lucharían por la “liberación nacional”.²⁸

María Matilde Ollier sostuvo otra interpretación a mi juicio más acertada, porque identificó cómo las organizaciones político-militares de izquierda iniciaron un “experimento retórico” al vincularse con el peronismo. Este apuntó, según Ollier, a inventar una “ficción” de un “peronismo despojado de historia”. Se trató de una operación que se propuso una “resignificación del peronismo” a partir de “desconocer a los otros peronistas y conjeturar el sentido de la propia doctrina del Movimiento”. Uno de los puntos decisivos de esta reconversión ideológica fue “la adhesión mediatizada” al líder, que implicó el juramento de la disposición a morir por la “causa popular”, y no ya por la lealtad a Perón como conductor.²⁹ De este modo, Ollier revela varias claves de la operación simbólica que los Montoneros y sus aliados desarrollaron como parte de su lucha política al interior del peronismo. El desconocimiento de los cuerpos intermedios en la historia del peronismo, lógicamente preexistentes a la llegada de los jóvenes radicalizados, les permitía presentar a este movimiento como un representante del pueblo en un nivel de abstracción. En ese marco su arribo podía otorgarse la libertad de redefinir el sentido de la lucha peronista. Si el asunto terminó en un conflicto ideológico hacia fines de 1973, para esa deriva resultó significativa la reelaboración previa que los jóvenes de la izquierda peronista habían planteado del rol de Perón como líder legítimo en razón de su imbricación con la lucha popular. Esta concepción era sensiblemente diferente a la del *Conductor* sostenida por el peronismo clásico, en la cual este no podía ser cuestionado de ninguna manera.

Lucas Lanusse escribió un libro sobre Montoneros que se orientó principalmente a mostrar que la idea de Gillespie de la existencia de doce fundadores era un mito y que, en rigor, esta organización había emergido de la confluencia de cuatro grupos preexistentes y de unas redes tejidas con anterioridad entre el activismo del

27 Sobre la evolución política de los sectores medios juveniles y sus vínculos con el peronismo y la guerrilla se recomiendan los siguientes trabajos: Peter Waldmann, “Anomía social y violencia”, en Alain Rouquié –compilador–, *Argentina Hoy*, México, Siglo Veintiuno, 1982, pp. 206-248; Peter Waldmann, “Terrorismo y guerrilla. La violencia organizada contra el Estado en Europa y América Latina. Un análisis comparativo”, en *Estudios Internacionales*, vol. 25, núm. 98, 1992, pp. 275-313; María Estela Spinelli, *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013; Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2013; Nicolás Dip, *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*, Rosario, Prohistoria, 2017.

28 Richard Gillespie, *Soldados de Perón...*, cit., p. 170.

29 María Matilde Ollier, *Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966/1973*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2006 [1986-1989], pp. 280-288.

“peronismo revolucionario”.³⁰ Más importante para los problemas aquí tratados es que Lanusse sostiene que los indicios documentales sugieren que Montoneros tuvo desde el inicio una *estrategia tendencista*, que se proponía hegemonizar el peronismo para dotarlo desde adentro de una estrategia revolucionaria que relegara a los sectores que sostenían una estrategia reformista.³¹ En sus misivas a Perón los Montoneros siempre mostraron una actitud ambigua, mediante la cual al mismo tiempo que decían reconocerle el papel de conductor, le hacían sugerencias estratégicas, y se arrogaban la potestad de definir los límites de la pertenencia legítima al movimiento peronista. Lanusse remarca que tuvieron un acierto importante en sumarse a la campaña electoral, aunque antes habían sugerido que descartaban tanto ese camino como el del golpe de Estado, y propiciaban en cambio una estrategia de revolución armada. Basándose en la inserción previa entre las masas, que fue decisiva en el año 1972 a través de las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR), Montoneros logró desempeñar un papel preponderante durante la campaña electoral, lo cual no evitó que una vez asumido el poder por parte del peronismo “las diferencias ideológicas y la solapada disputa por la dirección del proceso político” salieran rápida y definitivamente a la superficie.³²

Aunque la importancia de Montoneros fue determinante en los conflictos internos del tercer peronismo (1973-1976), la historiografía argentina necesitaba ampliar su mirada hacia un militancismo epocal que fue más amplio y variopinto, tanto en los sectores aliados al proyecto del peronismo socialista como en los que se mantuvieron bajo la égida del populismo tradicional. La indagación de las otras organizaciones político-militares de izquierda ya había recibido atención en algunos trabajos de los años ochenta, como el de Ollier, mientras el ya clásico libro de Oscar Terán indagó en los intelectuales ligados a esa corriente, de la que el mismo autor formó parte.³³ Estudios más recientes sobre la llamada *nueva izquierda* encuentran un núcleo de elaboración de textos académicos en los miembros del grupo

30 Tanto Lanusse como Ollier y otros autores usan esta nominación. Si bien se entiende qué se está hablando de la izquierda, y puede aceptarse en la medida que refiere a una opción revolucionaria anticapitalista que el reformismo social justicialista en los hechos no propiciaba, el problema que encuentro en el uso de esta categoría es que la idea de revolución estaba ampliamente difundida en el peronismo tradicional. De hecho, uno de los lemas del CO era *Con Perón por la Revolución Social Justicialista*, y el propio líder se refería a la experiencia política que llevaba su nombre en términos de revolución. A mi juicio, lo que distinguió al montonerismo fue su propuesta de reorientación socialista del populismo, y por esto lo más ajustado me parece referirse a esa experiencia en términos de izquierda peronista y, quizá con mayor precisión conceptual, de peronismo socialista. La autoreferencia nativa como socialistas que los peronistas tradicionales (incluido el CO) hicieron entre fines de los sesenta y 1973 fue una concesión de naturaleza táctica y no podría desligarse de la competencia creciente con la izquierda durante esos años. Más adelante quedará claro que el “socialismo humanista y cristiano” de Perón y sus seguidores tradicionales era una nueva nominación para una idea política que se concebía en los mismos términos que el peronismo clásico y la llamada Doctrina Peronista.

31 Lucas Lanusse, *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2007, p. 259.

32 Lucas Lanusse, *Montoneros...*, cit., pp. 278-279.

33 Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

de investigación que dirige María Cristina Tortti en la Universidad de La Plata.³⁴ En este marco, cabe destacar la tesis doctoral devenida en libro sobre las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Mora González Canosa. La investigación de la autora reconstruye la confluencia y las discusiones entre los diversos grupos político-intelectuales que fundaron las FAR.³⁵ La orientación de esta organización marxista-leninista-guevarista hacia el peronismo, que derivó en una estrecha alianza y hacia octubre de 1973 en una fusión orgánica con Montoneros, hace más inteligible el antagonismo político-ideológico con el peronismo tradicional, especialmente con sus formaciones partisanas radicalizadas, entre las cuales se destacaba el CO.

El espacio de sociabilidades juveniles del peronismo setentista opositor a Montoneros se hallaba prácticamente inexplorado (las referencias eran, y a menudo siguen siendo, imprecisas, simplificadoras y, en más de una oportunidad, confusas), hasta la aparición de un libro historiográficamente relevante de Humberto Cucchetti. Una mirada menos escandalizada sobre aquello que solía concebirse como un sector homogéneo, al que se llamaba *derecha peronista*, le permitió, desde la sociología histórica, abrir caminos para la dilucidación de una serie de matices y fenómenos transversales al militantismo epocal. Así, su obra hace emerger una historia de la Organización Única del Trasvasamiento Generacional (OUTG), que, como cualquier otra, reclamaba ser estudiada y explicada científicamente. Aquello que Cucchetti se viera compelido a aclarar en la introducción a su libro parece menos necesario en la actualidad, pero sigue siendo útil, porque quizá le cabe mejor al objeto, quizás aún más controvertido, que aborda este libro. Si al estudiar otros casos la alarma ha sonado por el lado de una empatía exagerada que recae en la vindicación, Cucchetti señaló que sobre lo que se ha dado en llamar la derecha peronista se registra con mayor frecuencia la “contracara negativa” de aquello que se considera “aberrante” o “anómalo”.³⁶ Como si, por otra parte, la no simbolización implicara que aquello que no se nombra, se excepcionaliza, o no se admite como pensable, cesara de existir. Esto nos sitúa, claro está, más cerca de una negación psicológica de un pasado traumático que de una actitud científica frente a los dramas de nuestra historia reciente. No es ocioso recordar, en tal sentido, una frase acuñada en la época por José Luis Romero: “Los historiadores ignoran muchas cosas, pero saben bien que todo lo que existe, existe”.³⁷ De todos modos, estas consideraciones valen como reflexión final acerca de un proceso que se está supe-

34 Ver María Cristina Tortti –compiladora–, *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, Rosario, Prohistoria; María Cristina Tortti y Mora González Canosa –directoras–; Juan Alberto Bozza –coordinador–, *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*, Rosario, Prohistoria, 2021.

35 Mora González Canosa, *Los futuros del pasado. Marxismo, peronismo y revolución: una historia de las FAR*, Buenos Aires, Prometeo, 2021.

36 Humberto Cucchetti, *Combatientes de Perón. Herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 22-23.

37 José Luis Romero, “Las ideologías en la cultura nacional”, en *Criterio*, núm 1681-82, 2 de diciembre de 1973.

rando, lo que, por supuesto, no implica soslayar la existencia de miradas diversas entre los historiadores.

Otro conjunto de investigaciones, muchas realizadas desde perspectivas historiográficas ancladas en la dialéctica izquierda-derecha y en la dicotomía revolución-represión, enfoques que este libro somete a discusión, contribuyeron, no obstante, a la ampliación de la casuística de un campo de estudios en desarrollo. Juan Iván Ladeuix ensayó unas primeras aproximaciones cuando el tema era aun relativamente desconocido como objeto sistemático de investigación académica.³⁸ Valeria Galván y Esteban Campos han realizado trabajos sobre Tacuara, que fue una organización influyente en el primer lustro de la década del sesenta y su diáspora irradió a las experiencias políticas más diversas.³⁹ Otros estudios abordaron el caso del Frente Estudiantil Nacional (FEN),⁴⁰ la Concentración Nacional Universitaria (CNU)⁴¹ y, de modo inicial, la Juventud Sindical Peronista (JSP).⁴² Juan Luis Besoky procuró abordar un objeto definido como la *derecha peronista*, y aunque el título de la tesis sugiere unos alcances quizá difíciles de asir, aporta un cúmulo de datos sobre diversas experiencias políticas e intelectuales, especialmente en el campo del nacionalismo peronizado.⁴³ Otro caso que ha conocido trabajos académicos es el de los desprendimientos montoneros que confluyeron en la JP Lealtad.⁴⁴ Por mi parte, en lo que hace a las organizaciones de cuadros políticos, avancé

38 Juan Iván Ladeuix, “La mazorca de Perón: prácticas ideológicas de la derecha peronista. Una aproximación a partir de un estudio de caso. Mar del Plata 1970-1976”, en *X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Rosario, 2005; Juan Iván Ladeuix, “El General frente a la Sinarquia. El discurso de Carlos Disandro en la formación de la Concentración Nacional Universitaria y su impacto en el peronismo”, en *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad de Tucumán, 2007.

39 Valeria Galván, *El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural*, Tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2008; Esteban Campos, “De aristócratas revolucionarios a vanguardia de clase. La revisión del peronismo en Tacuara y sus agrupaciones derivadas”, en *Prohistoria*, núm. 32, pp. 155-181; Esteban Campos, “Enemigos íntimos. Percepciones del marxismo y las izquierdas en Tacuara y sus agrupaciones derivadas”, en *Quinto Sol*, vol. 25, núm. 3, septiembre/diciembre 2021, pp. 1-22.

40 Marina Alejandra Reta, “El Frente Estudiantil Nacional (FEN): juventud y estudiantado en el proceso contestatario de los años sesenta en Argentina”, en *Antíteses*, vol. 2, núm. 4, 2009.

41 Juan Luis Carnagui, *Nacionalistas, católicos y peronistas. Auge, afianzamiento y reconfiguración de la Concentración Nacional Universitaria (CNU). La Plata, 1955-1974*, Tesis de doctorado, Universidad Nacional de la Plata, 2015.

42 Nicolás Damin, “La transformación organizacional en el justicialismo de los setenta: La Juventud Sindical Peronista (1973-1976)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, París-Buenos Aires, 2013.

43 Juan Luis Besoky, *La derecha peronista. Prácticas políticas y representaciones (1943-1976)*, Tesis de doctorado, Universidad Nacional de la Plata, 2016.

44 Mariana Pozzoni, *Leales. De la Tendencia Revolucionaria a la Juventud Peronista Lealtad*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017. El objeto ya reconocía algunas aproximaciones previas: Mariana Pozzoni, “Leales y traidores: La experiencia de disidencia de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1974)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Buenos Aires-París, 2013; Martina Garategaray, “Montoneros leales a Perón: notas sobre la Juventud Peronista Lealtad”, en *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, Universidad de Murcia, núm. 9, 2012.

en estudiar aspectos de la dimensión intelectual de la experiencia de Guardia de Hierro,⁴⁵ realicé aproximaciones al Encuadramiento de la Juventud Peronista (los Demetrios),⁴⁶ y publiqué artículos sobre el CO.⁴⁷

A su vez, el período 1973-1976 cuenta con una extensa bibliografía con títulos de importantes sociólogos, politólogos e historiadores, de los cuales tomaré aquí sólo algunos, en función de las discusiones que me propongo desarrollar. Una cuestión a considerar del clásico libro de Juan Carlos Torre sobre el sindicalismo durante el tercer peronismo es cómo los sindicalistas peronistas, presionados por las bases y la competencia de los liderazgos de izquierda a nivel de las empresas, priorizaron su rol corporativo antes que su lealtad política a la presidencia justicialista. Esta dinámica terminó de revelarse claramente cuando dos años más tarde terminaron enfrentados con el gobierno de Isabel Perón (María Estela Martínez), aun cuando, como veremos más adelante, hicieron un artilugio discursivo para separar a la última esposa del general de los ministros José López Rega y Celestino Rodrigo.⁴⁸ Este comportamiento contrastó con la línea sostenida por el CO porque, como podrá apreciarse, aun estando ligado a posiciones de poder en grandes sindicatos, una diferencia significativa de esta agrupación partisana con el neovandorismo fue que priorizó la identidad peronista en términos político-ideológicos a la defensa corporativa de las posiciones sindicales.

Para la perspectiva de análisis que sostengo también resulta pertinente traer a colación otro libro de principios de los ochenta, en el que Liliana De Riz dio cuenta de la interna del peronismo planteando una contradicción entre fuerzas peronistas *restauradoras* y otras que llamó *rupturistas*. Como las nominaciones lo sugieren, mientras las primeras bregaban por una restauración de la experiencia populista interrumpida en 1955, las segundas pugnaban por un cambio estructural en el sistema social. Para De Riz el proyecto de renovación ideológica de los jóvenes que cantaban por la Patria Socialista encontró un claro límite en que, por un lado, Perón seguía abrevando en su clásico reformismo moderado y, por otro, en que el contenido esencial de la relación entre las masas populares y su líder no se había alterado desde mediados de los cuarenta. También cabe anotar su señalamiento

45 Juan Pedro Denaday, “Amelia Podetti: una trayectoria olvidada de las Cátedras Nacionales”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Buenos Aires-París, 2013.

46 Juan Pedro Denaday, “El Encuadramiento de la Juventud Peronista: trayectorias del justicialismo verticalista”, en *Tercer Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2012)*, San Salvador de Jujuy, 2012; Juan Pedro Denaday, “Los Demetrios: ¿trotskistas, peronistas, nazis?”, en *Antíteses*, vol. 6, núm. 11, 2013, pp. 169-192.

47 Juan Pedro Denaday, “Comando de Organización: un peronismo plebeyo, combativo y nacionalista (1961-1976)”, en *Quinto Sol*, vol. 20, núm. 1, 2016, pp. 1-21; Juan Pedro Denaday, “Partisanismo y populismo: el Comando de Organización en la provincia del Chaco (1973-1976)”, en *Quinto Sol*, vol. 25, núm. 3, 2021, pp. 1-18.

48 Juan Carlos Torre, *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004 [1983].

de que, una vez muerto Perón, Isabel retomó un estilo sectario que “era el eco del Perón resentido de 1955 y no del Perón en su etapa final”.⁴⁹

Otra interpretación temprana del período que me interesa considerar es la que planteó Guido Di Tella. Su lectura era que el peronismo de los setenta seguía los lineamientos clásicos: un partido político reformista moderado con anclaje en una amplia base popular en la que predominaban los sindicatos obreros. La novedad de los años setenta estaba dada por una coyuntura histórica en la que a sus consuetudinarias limitaciones y contradicciones se añadió la presión de dos extremos políticos que actuaban en su interior. El primero, le impuso en el período de Cámpora una tentativa de orientarlo hacia la izquierda, lo que chocó con los fundamentos históricos del partido y los sindicatos peronistas. Luego de ser derrotada esta inicial tentativa de izquierda por los sectores moderados, y después de un período intermedio en el que presentó relativos éxitos económicos y sociales, la coalición gobernante sufrió un brusco intento de orientación hacia la derecha en el período final de Isabel. Más allá de la consideración negativa que Di Tella tuviera de personajes como José López Rega, y de la poca capacidad que en línea con un diagnóstico muy difundido le atribuyera a la presidenta, la opinión original del autor era que el grupo isabelino había tenido una clara resolución política y no era ajustado interpretar el suyo como un gobierno a la deriva. Sus objetivos de orientar la coalición peronista hacia la extrema derecha habrían sido claros y su fracaso se sucedió porque otra vez los sectores moderados del partido se rebelaron contra tal tentativa, en este caso principalmente a través de los sindicatos. Lo que me interesa recuperar de esta perspectiva analítica es que Di Tella observó al peronismo mayoritario como un centro populista tensionado desde los extremos, y no unificó a los sectores no montoneros en una derecha peronista.⁵⁰

Victoria Itzcovitz coincidió con Di Tella en identificar un corte en la dinámica gubernamental a partir de la muerte de Perón, cuando se abandonó un estilo abierto para adoptar un camino mucho más autoritario y cerrado al resto de las fuerzas políticas. La autora también destacó que no puede pasarse por alto que los sectores lopezreguistas que encabezaron la inclinación hacia la derecha habían sido mayoritariamente designados por el propio líder fallecido. Luego de la caída de Cámpora, Perón se habría dedicado a eliminar a los miembros más radicalizados del gobierno, dejando en funciones a los que respondían a la orientación lopezreguista y a los moderados. Estos últimos, que tomaron cierta iniciativa durante el interinato de Ítalo Luder, no lograron reorientar la deriva sectaria del gobierno luego de que Isabel volviera a las funciones presidenciales el 17 de octubre de 1975. Los problemas de la “no persistencia de modelos” y de la incapacidad de rectificación que identificaba a partir de un esquema politológico, podían haber sido más agudos en el período lopezreguista, pero según Itzcovitz ese momento profundizó una tenden-

49 Liliana De Riz, *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987 [1981], p. 167.

50 Torcuato Di Tella, *Perón-Perón 1973-1976*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1983 [1982].

cia preexistente.⁵¹ Se aprecia que este análisis contrasta con el de Di Tella porque en lugar de una relación de ruptura entre peronismo y lopezreguismo se plantea una de mayor continuidad. En línea con la conceptualización germaniana en este análisis el peronismo tradicional aparece internamente tensionado por sus propias contradicciones internas entre sus elementos socialmente igualitaristas y sus aspectos políticamente conservadores y autoritarios. Lo útil de esta perspectiva es que evita el riesgo que entraña la atribución de estos últimos rasgos exclusivamente a la facción lopezreguista (que, por cierto, acumuló un poder estatal coyuntural, pero tuvo unas bases políticas de poca envergadura), lo que es funcional a una estilización del clásico populismo peronista.

Julio Godio, por su parte, interpretó que las leyes aprobadas en 1973 y el Plan Trienal dejaban a las claras el objetivo central que había tenido Perón: restablecer el antiguo proyecto nacional industrialista de construcción de un capitalismo autónomo. Para lograr tal objetivo, el líder justicialista necesitaba mantener las alianzas corporativas necesarias para sostener el Pacto Social y derrotar a la izquierda insurreccional. Subrayo que la derrota de la guerrilla de Montoneros y el ERP aparece en el análisis de Godio como una necesidad intrínseca del proyecto político de Perón. Por esto al unísono se ocupó, con muchas dificultades provocadas por su debilitada salud, de tejer alianzas con otros partidos políticos (especialmente la Unión Cívica Radical) en el marco de un complejo juego de equilibrios con sectores del *establishment* que, según Godio, le eran estratégicamente adversos: las Fuerzas Armadas, el gran capital y el imperialismo.⁵²

Me interesaba reparar estos argumentos de la bibliografía más clásica sobre el período porque nuevos trabajos de importancia historiográfica, como los que publicaron Marina Franco y Alicia Servetto, hicieron valiosas contribuciones al análisis de la represión y de la historia política del período, pero, en mi opinión, plantearon un esquema conceptual dicotómico entre izquierda y derecha que diluyó la presencia del peronismo tradicional como actor histórico autónomo. No obstante, en su análisis de la represión peronista de los setenta Franco advierte la continuidad con sus prácticas estatales y concepciones políticas tradicionales. El libro *Un enemigo para la nación* habilita entonces un interrogante que considero crucial para el análisis de la historia política del período. ¿Se trataba entonces de una extrema derecha de los setenta, como se menciona en varios pasajes, o se estaba en verdad ante una expresión de los lineamientos estructurales del clásico populismo peronista bajo nuevas circunstancias históricas, como se sugiere en otros tramos?⁵³

El libro de Servetto, por su parte, adelanta en la introducción que la explicación estará basada en un modelo de conflicto dicotómico entre el “peronismo revolu-

51 Victoria Itzcovitz, *Estilo de gobierno y crisis política (1973-1976)*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

52 Julio Godio, *Perón. Regreso, soledad y muerte (1973-1974)*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Este libro es una versión corregida de uno publicado en Colombia en el año 1981 bajo el título *El último año de Perón*.

53 Marina Franco, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión” (1973-1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

cionario” y la “derecha peronista”. Lo sugestivo es que la lógica prometida resulta tácitamente relativizada por la propia autora en la medida en que se va internando, con una sutileza mucho más rica, en los análisis concretos de los complejos paisajes políticos de los peronismos provinciales de Formosa, Córdoba, Mendoza, Santa Cruz y Salta. No casualmente, Servetto utiliza en los correspondientes capítulos con más frecuencia la categoría de “peronismo histórico”, cuya diferencia con la de “derecha peronista” es para mí, como vengo sosteniendo, un problema conceptual que trasciende una cuestión nominalista. A nivel nacional, asimismo, Servetto advierte las contradicciones entre el sindicalismo y el lopezreguismo, y al analizar las diferencias entre los elencos de los interventores provinciales del poder central, se advierte que nuclear dicha diversidad en una presunta derecha peronista simplificaría lo que, en términos casuísticos, aparece reconstruido con sus múltiples matices.⁵⁴

La entrevista oral y los sesgos partisanos en la historia argentina reciente

Aunque, como lo han señalado Marina Franco y Florencia Levín, en ocasiones se le adjudican a la historia reciente problemas metodológicos que le cabrían al abordaje de cualquier período histórico, resulta notorio que las tensiones subjetivas que plantea la historia del pasado reciente local son cualitativamente diferentes a las que recaen sobre historias más lejanas y acontecidas en geografías más distantes.⁵⁵ Lógicamente para un historiador argentino del siglo XXI estudiar los conflictos de la Roma antigua no tendrá ninguna repercusión actual. A nadie se le escapa que, tratándose del peronismo y de los setenta en Argentina, la cuestión se presenta de un modo muy diferente, en el cual las pasiones son más pasibles de interferir en la construcción de distancia científica, y el análisis historiográfico ser confundido con uno de corte memorial y prestarse de manera subrepticia a algún uso político del pasado. Cattaruzza plantea que, en tanto representaciones del pasado, la historia profesional y la memoria tienen un sustrato común. Como tales no están exentas de la influencia de su propio contexto histórico de producción, pero responden a lógicas bien diferentes porque la primera demanda una distancia crítica de la que los trabajos de la memoria están eximidos.⁵⁶

Hasta hace no muchos años, los estudios académicos sobre el peronismo de los sesenta y setenta se focalizaron en uno de los aspectos más novedosos que presentaron sus cambiantes fisonomías durante aquel período: la participación juvenil, la radicalización de izquierda y las prácticas guerrilleras. Se atendió así a una parte significativa y crucial de los cambios y tensiones que experimentó entonces el fenómeno peronista. Sin embargo, este interés derivaba en cierta unilateralidad

54 Alicia Servetto, 73/76. *El gobierno peronista contra las “provincias montoneras”*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2010.

55 Marina Franco y Florencia Levín, “El pasado cercano en clave historiográfica”, en Marina Franco y Florencia Levín –compiladoras–, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

56 Alejandro Cattaruzza, “Dimensiones políticas y cuestiones historiográficas en las investigaciones históricas sobre la memoria”, en *Storiografia*, Roma/Pisa, vol. XVI, 2012, pp. 72-73.

cuando desde una base empírica incompleta se pretendía dar cuenta de la naturaleza global de un movimiento político con una dinámica particularmente múltiple e intrincada. Probablemente, como lo plantea María Estela Spinelli, al destacar el sesgo autobiográfico de buena parte de la bibliografía que aborda la temática, la fuerte atención prestada a la radicalización socialista no esté completamente desvinculada de la propia historia de vida de franjas de intelectuales en las que ese fenómeno adquirió una relevancia específica.⁵⁷ En definitiva, no señalo nada original ni extraordinario al advertir sobre los modos complejos en que la memoria social y personal pueden sobredeterminar las inquietudes de los científicos sociales, en tanto la denominada historia reciente entreteje con especial intensidad las tramas de lo público y lo personal.⁵⁸

Por su carácter reciente, la historia de los sesenta y setenta dispone aún del recurso de las entrevistas orales.⁵⁹ El aporte de las fuentes orales a la disciplina histórica es un tema ya trajinado y existe un consenso bastante extendido en torno a la aceptación de su utilidad.⁶⁰ Philippe Joutard sostiene que la historia oral permite matizar la “tendencia racionalizante” de los historiadores y de los documentos escritos para hacerla más sensible a una realidad que es, en rigor, “mucho más confusa”, ya que “a veces el juego político mismo es demasiado sutil para ser percibido por el texto escrito”.⁶¹ En *Doña María*, James reparó en la significación antropológica de la historia oral y en los errores a los que puede conducir una mirada de fines circunscritamente informativos. Llegó a esta conclusión a partir de dos entrevistas infructuosas que mantuvo con un viejo cuadro del sindicalismo peronista, quien en los setenta había militado en la JSP, y en 1987 recibió al historiador británico en un denominado Centro de Adoctrinamiento Justicialista en la localidad bonaerense de Berisso. Las reflexiones metodológicas de James resaltaron el equívoco del historiador empecinado en la búsqueda de respuestas informativas cuando se trataba, en cambio, concluyó más tarde, de acceder a “los significados profundos” de la

57 María Estela Spinelli, *De antiperonistas a peronistas revolucionarios...*, cit., p. 185.

58 Marina Franco y Florencia Levín, “El pasado cercano...”, cit.

59 Este recurso tenderá naturalmente a agotarse con el transcurso del tiempo; tan es así que algunas de las personas entrevistadas para esta investigación fallecieron.

60 Philippe Joutard enumera cuatro grandes aportes del método a la disciplina: 1) su ofrecimiento de testimonios que permiten reconstrucciones acontecimentales en el sentido clásico del término; 2) su aporte etnohistórico como medio para la percepción de esa historia “más lenta”, propia de una cotidianeidad no necesariamente relacionada con hechos notables; 3) la funcionalidad del testimonio indirecto para conocer lo que han dicho otros, o sea para servirse de la tradición oral; y 4) la posibilidad de acercarnos a la memoria de un grupo determinado. Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999 [1983], p. 210. [*Cex voix qui nous viennent du passé*, Hachette, París, 1983] Traducción de Nora Pasternac. Por su parte, Lutz Nietzhammer destaca la contribución de la historia oral a una comprensión histórica más sensible hacia lo real que lo aportado por las fuentes textuales. No se trata entonces tanto de contraponer las fuentes como de retroalimentarlas para darle a nuestra mirada un cariz más realista al añadir la dimensión de la experiencia subjetiva. Lutz Nietzhammer, “¿Para qué sirve la historia oral?”, en Jorge Aceves Lozano –compilador–, *Historia oral*, México, Instituto Mora, 1997 [1989], p. 34.

61 Philippe Joutard, *Esas voces...*, cit., pp. 212-213.

historia de su entrevistado. Esto implicaba, entre otras cosas, aceptar e interpretar un discurso ideológicamente incómodo para su oído.⁶² James aborda, además, el problema de una tensión latente relativa a las jerarquías socio-culturales, aunque esto se encuentre también relacionado con la subjetividad del investigador. Además de que el entrevistador necesita predisponerse a un ejercicio de escucha, las entrevistas orales representan un momento de indagación etnográfica que facilita al historiador apreciar aspectos subjetivos de la experiencia estudiada que van mucho más allá de lo que efectivamente se plasma en palabras. En este sentido, mi experiencia realizando entrevistas orales me sugiere que, en general, es aconsejable despojarse de la propia posición ilustrada para concentrarse en escuchar con oído abierto y desprejuiciado lo que los entrevistados narran. Esos discursos pueden ser analizados posteriormente en un contexto de mayor sosiego, y probablemente brinden datos o abran perspectivas novedosas al investigador.

En mi experiencia de entrevistas con personas vinculadas a la actividad política desde historias de vida muy distintas, que fueron desde un diplomático de carrera nacido en una familia patricia hasta militantes de base del barrio de Mataderos, la cuestión metodológica tuvo su relevancia. A través de las entrevistas no sólo se observa aquello que las personas pronuncian u omiten a través del uso de la palabra o el ejercicio de los silencios, las contradicciones, los devaneos y las elipsis, sino lo que expresan con su gestualidad, la inflexión de la voz y los tonos empleados. Muchos datos relativos a las formas de interpretar el mundo, a las situaciones sociales y a las posiciones educativas, a las formas de entender la acción política, a los vínculos de amistad y enemistad públicos, se pueden leer entre líneas en las entrevistas, más allá de la información recabada en sentido estricto. Aunque por supuesto los datos recogidos ocupan un lugar importante en las entrevistas, los elementos metatextuales también son relevantes para el estudio de campo de tipo antropológico. El modo en que se analiza la historia y la subjetividad de una persona culturalmente muy diferente al estudioso tiene unas implicancias importantes sobre los modos de interpretar y narrar la historia política. Reparar en esta diferencia cultural facilita al historiador soslayar los mites apodícticos sobre aquello que no entra en el marco de lo que él considera políticamente aceptable y que, por tal motivo, muchas veces, como lo señala James, no logra dilucidar adecuadamente. La cuestión no remite a un problema de justificación o de impugnación ético-política, sino de interpretación histórica.

La historia oral permite, por otra parte, poner en discusión las “memorias dominantes”, que, como lo destaca Joutard, no son, necesariamente, de signo conservador. Por caso, el historiador francés destaca que las memorias sobre la Segunda Guerra Mundial se inclinan mayoritariamente hacia las fuerzas antifascistas: “La característica de toda entrevista oral es escapar rápidamente a todas esas determinaciones; una parte de libertad se expresa fuera de los marcos conceptuales habi-

62 Daniel James, *Doña María. Historias de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial, 2004 [2000], pp. 130-137. [*Doña María's Story. Life, History, Memory, and Political Identity*, Durham and London, 2000] Traducción de Horacio Pons.

tuales”.⁶³ Precisamente porque la historia oral brinda la posibilidad de explorar los intersticios existentes entre “la historia de los historiadores” y “la historia mucho más difusa de las memorias orales”.⁶⁴ El alcance de estas observaciones tampoco debe exagerarse porque en un estudio historiográficamente válido la historia oral desempeña una función concreta en el marco de un trabajo de investigación mucho más amplio, como el que aquí se practica. En términos generales, no obstante, puede afirmarse que la historia oral y el trabajo de campo permiten indagar en una dimensión antropológica que aporta elementos valiosos para el análisis histórico.

A la hora de examinar los conflictos de los años sesenta y setenta la incorporación de los discursos de los excuadros del CO tiene una importancia histórica y antropológica. Más arriba me preguntaba si el carácter socio-cultural de esta agrupación no puede haber influido en que su peso en las narrativas sobre la violencia de los sesenta y setenta haya sido prácticamente nulo. Aunque los militantes del CO habitaban las ciudades y ocupaban posiciones en el poder político y sindical, su carácter marginal con respecto a la superestructura cultural admite una comparación con lo que Stathis Kalyvas denomina el *sesgo urbano*.⁶⁵ Las voces de los campesinos tienden a quedar relegadas en los episodios de guerra civil porque los escritores pertenecen, por lo general, a la clase media urbana intelectual. Este sesgo se ha vinculado en las narrativas sobre los años sesenta y setenta con otro muy frecuente: el *sesgo partisano*. Kalyvas se refiere con este término a la tendencia de los narradores a asumir, ora de modo abierto, ora de modo soterrado, las posiciones de los combatientes.⁶⁶ Si esto se advierte con claridad en muchas narrativas periódicas sobre los setenta,⁶⁷ los trabajos académicos no dejan de estar en ocasiones permeados por sesgos partisanos. Quizá no en las formas más extremas de lo que Kalyvas llama el “romanticismo revolucionario” y la literatura contrainsurgente con sus estereotipos del “terror revolucionario”; pero si en la construcción de un lenguaje que tiende a atribuir soterradamente valoraciones axiológicas que si no recaen en una dialéctica de héroes y villanos, remiten más de una vez a un implícito juicio sobre la legitimidad de los bandos en pugna.

La clásica distinción de March Bloch sobre la tarea del sabio cuya tarea finaliza al brindar elementos para hacer más comprensible lo que observa, y la del juez que todavía debe dictar sentencia, desde mi punto de vista tiene vigencia para los problemas de la historia argentina reciente. Precisamente porque en este campo de estudios es frecuente la tendencia (a veces solapada) a recortar tal o cual aspecto de la realidad histórica a fines de transmitir un determinado mensaje; o a dejarse per-

63 Philippe Joutard, *Esas voces...*, cit., p. 216-217.

64 Philippe Joutard, *Esas voces...*, cit., p. 225.

65 Stathis Kalyvas, *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid, Akal, 2010 [2006], pp. 64-77. [*The Logic of Violence in Civil War*, Cambridge, 2006] Traducción de Pedro A. Piedras Monroy.

66 Stathis Kalyvas, *La lógica de la violencia...*, cit., pp. 59-63.

67 Para nombrar los casos más influyentes, genéricamente vindicatorias de la izquierda peronista en prosas como la de Verbitsky y Bonasso, y condenatorias y contrainsurgentes en las de Juan Bautista Yofre y Ceferino Reato.

mear por corrientes de simpatía y antipatía con los actores, que pueden distorsionar los juegos de poder de los que ellos eran protagonistas en un tiempo histórico diferente. Por más loable que pueda considerarse una determinada causa desde un punto de vista ético-político, en ningún caso podrá priorizarse sin producir efectos negativos sobre la tarea más circunscripta que le cabe al historiador con pretensión científica. Las dinámicas de la vida pública y los comportamientos de los actores históricos fueron por regla general más complejos, contradictorios y paradójicos de los modos más sumarios en que necesitan formularse las moralejas ético-políticas. Hago propias entonces las célebres palabras de Bloch: “Una palabra domina e ilumina nuestros estudios: ‘comprender’. No digamos que el buen historiador es ajeno a las pasiones: cuando menos tiene esta”.⁶⁸

El populismo peronista como efecto de fusión

Discutir el uso de las categorías izquierda y derecha para las distinciones políticas puede introducirnos al laberinto de un inconducente debate nominalista. Para evitarlo aclaro que no pretendo impugnar aquí totalmente su uso, ni sugerir que dicha distinción carezca por completo de validez.⁶⁹ Es evidente que el caso estudiado en este libro se ubicó más cerca de las tradiciones políticas derechistas que de las izquierdistas a las que combatió. No obstante, como ya adelanté, a mi juicio la inclusión del CO y otros actores en una derecha peronista puede dar lugar a equívocos. El uso de las categorías de la topografía parlamentaria demanda ser problematizado porque quizá parte del problema radique precisamente en la fuerza que parece tener como distinción difícil de sortear al momento de describir las diferencias existentes en la arena política. Mediante este recurso cómodo puede producirse un efecto simplificador del juego político e ideológico contemporáneo. Además de lo que ya planteé en lo relativo al peronismo de los años sesenta y setenta, el uso de la topografía parlamentaria admite dos discusiones previas, si se quiere, de carácter más general y estructural. La primera refiere a una discusión en torno a su utilidad para la comprensión de la política contemporánea en el continente en que dichas categorías fueron engendradas, Europa, y la segunda remite al problema de su utilidad para la conceptualización del peronismo argentino.⁷⁰

68 Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1949], p. 142. [*Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, París, Masson & Armand Colin, 1993] Traducción de María Jiménez y Danielle Zaslavsky.

69 Un artículo de reciente publicación se introduce en este debate con argumentos de otro orden a los que sostengo aquí, pues, como se verá, mi discusión remite a un problema de definición teórica del populismo peronista. Dentro de su enfoque, el texto me parece enriquecedor en la medida que se interesa en los matices existentes entre los actores peronistas de los setenta. Ver Sergio Friedemann, “Izquierda y derecha peronista como categorías de análisis o los 34 días de disputa institucional en torno a la Universidad de Buenos Aires, 1974”, en *Prohistoria*, núm. 37, 2022, pp. 1-26.

70 Estas cuestiones las desarrollé en dos trabajos: Juan Pedro Denaday, “Notas para el debate historiográfico sobre el peronismo de los setenta”, en *Pasado Abierto*, núm. 5, 2017, pp. 115-136; Juan Pedro Denaday, “Historia, filosofía política y peronismos. La cuestión de las categorías”, en *V Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Ravignani*, 2018, Museo Roca, CABA.

Luego de explicar el funcionamiento del aparato psíquico mediante la invención de los conceptos del *yo*, el *ello* y el *superyó*, Sigmund Freud convocaba a sus lectores a ciertos recaudos, en tanto advertía que esas “tres provincias” del aparato psíquico en las que lucha por constituirse el sujeto, no representan “fronteras tajantes”, semejantes a las “que se han trazado artificialmente en la geografía política”. No se puede, añadía Freud, dar cuenta de la “peculiaridad de lo psíquico mediante contornos lineales como en el dibujo o la pintura primitiva”, sino más bien “mediante campos coloreados que se pierden unos en otros, según hacen los pintores modernos. Tras haber separado, tenemos que hacer converger de nuevo lo separado”.⁷¹ La advertencia de Freud reviste interés porque él estaba obligado a hacerla no sólo por la complejidad y singularidad de su objeto de estudio, sino porque la construcción artificial de las categorías teóricas empleadas por Freud es hartamente evidente. Ni el *yo*, ni el *ello*, ni el *superyó* existen como tales, pero la construcción de estas categorías es un paso necesario para indagar sobre la realidad psíquica del ser humano concreto. En rigor, tampoco existen en la realidad fenómenos como *peronismo*, *derecha* o *izquierda*, sino que esas mismas nominaciones implican una reificación del mundo público. Va de suyo que este ejercicio es necesario para el mismo acto de pensar, porque, al decir de Jorge Luis Borges, pensar es abstraer. Ahora bien, para la tarea del historiador, en la que la singularidad de cada caso tiene una importancia evidente, es relevante tener en cuenta qué procedimientos teóricos emplea para ordenar a los actores de su narración histórica. En unas conferencias de 1934 el historiador holandés Johan Huizinga recurrió a una metáfora muy semejante a la invocada por Freud dos años antes: “Relaciones, coherencias, condiciones que anteriormente veía ante sus ojos el historiador tan vivas y sencillas como un grabado en madera primitivo, las verá en adelante más bien como un aguafuerte o acuarela impresionista”.⁷² ¿Cuántos colores le opaca a la acuarela de la vida pública contemporánea el uso de las fronteras tajantes de la topografía parlamentaria?

Como todos los conceptos, los de la topografía parlamentaria tienen un origen histórico y nos retrotraen a los acontecimientos de la Revolución francesa. Bronislaw Baczko destacó el vínculo genético de la topografía parlamentaria con lo que Max Weber denominó la “política desencantada”.⁷³ Desde entonces, los ac-

71 Sigmund Freud, “31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica”, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*, Obras completas, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 2013 [1932], p. 74. [*Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1933] Traducción de José Luis Etcheverry.

72 Johan Huizinga, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, Tucumán, Cervantes, sin fecha de edición, p. 34. Las cuatro conferencias reunidas en este libro fueron impartidas por Huizinga en la Universidad Internacional de Verano de Santander entre los días 23 y 27 de julio de 1934, a raíz de una invitación del filósofo José Ortega y Gasset, que las publicó en la *Revista de Occidente*. Esas transcripciones son las que se usaron para las ediciones posteriores y la traducción del holandés corresponde a María de Meyere.

73 Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva visión, 2005 [1984], pp. 15-17. [*Les imaginaires sociaux. Mémoires et espoirs collectifs*, París, Payot, 1984] Traducción de Pablo Betsch.

tores históricos debieron pujar para identificarse simbólicamente a sí mismos y a los demás en un juego de ubicaciones relativas dentro de una escena pública más igualitaria en comparación con la división en rígidas jerarquías propia del Antiguo Régimen. Por esto, el uso de las categorías izquierda-derecha para el análisis histórico no debería soslayar que, en tanto luchas nominativas nativas, ellas son parte de la disputa simbólica que acompaña a los conflictos de poder.⁷⁴

Fue Norberto Bobbio quien formuló la defensa teórica más acabada sobre la vigencia de las categorías izquierda-derecha. Aquí me interesan las implicancias analíticas que sobre la comprensión de la historia política contemporánea tienen las definiciones de Bobbio, antes que sus preocupaciones ético-políticas relacionadas con su impugnación del neoconservadurismo. En la primera hipótesis de Bobbio radica precisamente uno de los flancos más débiles que encuentro en el uso indiscriminado de la díada izquierda-derecha. Porque para Bobbio los términos de izquierdas y derechas⁷⁵ son *exclusivos* y *exhaustivos*. Son exclusivos porque ninguna doctrina ni movimiento político podría ser simultáneamente de izquierda y de derecha, y son exhaustivos porque, en última instancia, únicamente se puede ser de izquierda o de derecha. Además, Bobbio asocia los planteos igualitaristas sólo con la izquierda política, lo que también me parece refutable.⁷⁶

Como lo adelanté, fue precisamente en estos puntos sobre los que había reparado Gino Germani⁷⁷ al analizar los novedosos fenómenos político-ideológicos del siglo XX. En contraste con lo sostenido por Bobbio, Germani planteó que, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, el clima ideológico había experimentado cambios sustanciales. Para Germani en el siglo XIX europeo había existido cierta disociación entre las causas por las cuales adherían al internacionalismo las élites socialistas y aquellas otras por las que lo hacían los sectores populares.⁷⁸ Mientras los dirigentes políticos encontraban allí la derivación coherente de un sistema de ideas, según Germani el internacionalismo popular era una protesta implícita contra una sociedad nacional que los rechazaba. En la medida que las clases

74 Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2012 [1984], pp. 41-43. [*Homo academicus*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1984] Traducción de Ariel Dillon.

75 El autor parte de considerar que se trata de un *continuum* que contiene una pluralidad entre los polos de la dicotomía. Va de suyo que prácticamente nadie plantea la existencia de una única derecha y la admisión de su pluralidad no es solución al debate teórico que planteo.

76 Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Buenos Aires, Taurus, 2014 [1994], pp. 33 y 107. [*Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica*, Roma, Donzelli, 1994] Traducción de Alessandra Picone.

77 Sobre la trayectoria de Germani y su relación con el desarrollo profesional de la sociología, en particular, y el campo intelectual, en general, ver Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza, 1998 [1988]; Ana Alejandra Germani, *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004; Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006. Sobre sus variaciones conceptuales en torno a las categorías para analizar al peronismo ver Samuel Amaral, *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*, Buenos Aires, Eduntref, 2018.

78 Gino Germani, *Política y sociedad...*, cit., p. 124.

populares fueron adquiriendo derechos ciudadanos desarrollaron un sentimiento de identificación nacional, y esto obligó a ciertas transformaciones en el “internacionalismo típico” de las izquierdas. Como es sabido, Germani estaba muy interesado en las *asincronías* acontecidas en los procesos de transición de las sociedades tradicionales a las modernas.⁷⁹ Los *efectos de fusión* generados por esas asincronías fueron para Germani especialmente influyentes en el campo de las ideologías políticas. Un cambio fundamental fue que la democratización política y la nacionalización de los sectores populares dejaron de realizarse necesariamente bajo formatos institucionales e ideas liberales. Efectos de fusión también acontecieron entre las élites, por ejemplo, en la forma del tradicionalismo ideológico, que limitaba las concepciones modernas a la esfera económica mientras mantenía las tradicionales en el ámbito político y cultural.⁸⁰

Para el sociólogo italo-argentino las posiciones políticas consideradas de izquierda y de derecha no habían presentado mayores inconvenientes descriptivos hasta fines del siglo XIX. La situación cambió radicalmente desde el entresiglo y, con particular intensidad, a partir de la Primera Guerra Mundial. Sostiene Germani que, desde entonces, se enturbió “considerablemente una distinción que parecía tan evidente”, sobre todo “por la aparición de movimientos e ideologías que incluyen elementos típicos de las opuestas tendencias”. Desde la primera posguerra tanto “los movimientos políticos empíricamente observables”, como aquellos fenómenos que interesan a “la *investigación* psicosocial”, demandaron para Germani una “clasificación más compleja”.⁸¹ Entre los cambios que consideraba más relevantes el sociólogo destacaba los siguientes: 1) los estratos populares ya no adherían necesariamente a las opciones de izquierda, y podían encontrar otras vías de participación y nacionalización ciudadana; 2) el izquierdismo político podía adoptar posiciones autoritarias, antes más asociadas al derechismo; y 3) algunos movimientos políticos, “en otros aspectos vinculados con la tradición de derecha”, asumían “posiciones económico-sociales de tipo socialista o colectivista”. Sobre este último punto, si bien Germani no omitía señalar que podían debatirse los alcances de ese presunto socialismo, lo cierto era que allí dónde esas opciones políticas habían

79 Más allá de que podría debatirse por razones que exceden ampliamente los problemas de los que me ocupo en este libro, cabe aclarar que Germani era perfectamente consciente de que este esquema representaba una abstracción de la complejidad de los procesos históricos concretos. La imagen de un funcionalismo tosco sería injusta, pues Germani se encargaba de aclarar de un modo especialmente insistente que sus esquemas representaban un ejercicio de abstracción teórica, que luego, para no recaer en simplificaciones, necesariamente debía cotejarse con los casos “impuros” y múltiples de la realidad empírica. Así, el último párrafo de “El autoritarismo y las clases populares”, uno de los textos en que Germani se detuvo en los problemas relativos a los cambios ideológicos a los que aquí se le prestarán atención, alertaba: “Es obvio que todas estas formulaciones constituyen un esquema muy grosero de un proceso en extremo complejo y contradictorio, que probablemente escapa a todo intento de esquematización”.

80 Gino Germani, *Política y sociedad...*, cit., pp. 149-154.

81 Gino Germani, *Política y sociedad...*, cit., p. 176.

triunfado los efectos sobre los regímenes sociales habían sido muy distintos a los originados por las políticas de la “derecha tradicional”.⁸²

En los países de América Latina este proceso era especialmente agudo por dos razones: 1) esos países se encontraban en una situación de dependencia y debían realizar su proceso de modernización en contra de los países occidentales desarrollados, y 2) la integración de las masas a la vida política se realizaba en este subcontinente en forma tardía, lo que implicaba el contexto del nuevo clima ideológico antedicho. Así, en Latinoamérica emergían movimientos políticos que combinaban autoritarismo y nacionalismo con formas económicas de capitalismo de Estado, colectivismo o socialismo, al mismo tiempo que acrecentaban la participación de las masas populares en la vida pública y culminaban su proceso de nacionalización. Los formatos ideológicos de estos movimientos populares latinoamericanos se daban bajo “una multitud de fórmulas híbridas o hasta paradójicas, desde la perspectiva de la dicotomía (o *continuum*) izquierda-derecha”. Estos movimientos podían subsumirse, “a pesar de sus varias y en muchos sentidos opuestas variedades”, bajo la denominación genérica de *movimientos nacional-populares*.⁸³

El peronismo argentino formaba parte de ellos, y a pesar de que, para Germani, el grupo que lo había orientado y dirigido en sus orígenes era “de orientación definitivamente fascista y nazi”, sus resultados habían sido diferentes a los del fascismo europeo porque la “manipulación” peronista había producido cierta “reciprocidad de efectos”. Para lograr el apoyo de la base popular, el peronismo había tenido que garantizar “cierta participación efectiva” de esos sectores sociales en la vida pública. Esta participación había implicado para los trabajadores la conquista de *libertades concretas* (sobre todo en el ámbito de las relaciones laborales), que eran diferentes de las *libertades abstractas* (libertad de expresión, prensa, etc.) que el autoritarismo peronista había cercenado, lo que afectaba sobre todo a las clases medias y altas.⁸⁴ Mi perspectiva analítica asume el planteo de Germani que comprende al peronismo como un movimiento nacional-popular que integró a las masas a la vida pública bajo un formato que no fue ni liberal, ni de izquierda, sino populista. En la definición germaniana el populismo no es en términos ideológicos y políticos ni definitivamente de derecha, ni de izquierda, sino un *efecto de fusión* entre aspectos provenientes de ambas tradiciones.

Un uso de la teoría del partisano

No parece que una reflexión sobre la violencia política pueda prescindir completamente de las herramientas analíticas brindadas por Freud al momento de interpretar

82 Gino Germani, *Política y sociedad...*, cit., pp. 176-177.

83 Gino Germani, *Política y sociedad...*, cit., p. 209.

84 Gino Germani, *Política y sociedad...*, cit., pp. 212-216. En su último libro sostuvo, en lo fundamental, el mismo análisis con respecto al fenómeno peronista. Gino Germani, *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Temas, 2003 [1978]. [*Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, New Brunswick, New Jersey, Transaction Books 1978] Traducción de Alma Idiart y Mariana Podetti.

el comportamiento de los seres humanos. En una versión sumaria, el psicoanálisis plantea que el sujeto está sobredeterminado por una pulsión de vida (*Eros*) y una pulsión de muerte (*Thanatos*). Si se acepta este punto de partida, entonces ni la tendencia erótica ni la thanática podrían considerarse ausentes cuando las personas intervienen en la esfera pública. También en este ámbito el sujeto afronta las tensiones entre su adaptación cultural y la más ramplona satisfacción de sus pulsiones primarias.⁸⁵ No sería infrecuente, así, hallar detrás de aparentes fines político-ideológicos la búsqueda de una satisfacción pulsional prominente: la de agresión o destrucción. “Muchas veces, cuando nos enteramos de los hechos crueles de la historia, tenemos la impresión de que los motivos ideales sólo sirvieron de pretexto a las apetencias destructivas”, escribió Freud en su carta de respuesta al físico Albert Einstein en septiembre de 1932, editadas al año siguiente por el Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones bajo el título *Warum Krieg?*⁸⁶

Aunque en esta carta articuló su argumento en torno a su “doctrina mitológica de las pulsiones”, Freud también ligaba la violencia pública a otras causas, como las que provenían de asuntos relativos a las desigualdades de poder existentes en las sociedades y, en consecuencia, no siempre desligaba las guerras del desarrollo cultural. Pues si había guerras que sólo traían “infortunio”, existían otras que permitían la “transmutación de la violencia en derecho”. En estos casos, los cambios jurídicos e institucionales podían traer aparejados avances culturales y situaciones de larga paz en razón de la conformación de “unidades mayores” de violencia central. El Estado más fuerte originado por la “guerra grande” evitaba la epidemia de las muchas “guerras pequeñas” preexistentes. Si bien Freud se declaraba pacifista y por tanto solidario con la preocupación antibelicista de Einstein, no se mostraba inclinado a introducir “demasiado rápido las valoraciones del bien y del mal”. Porque, de hecho, el intelectual austríaco consideraba que “los fenómenos de la vida” surgen de las “acciones conjugadas y contrarias” entre las pulsiones de fundamento erótico y agresivo. Freud daba un ejemplo muy claro: la pulsión erótica de supervivencia necesita recurrir muchas veces a la agresión para cumplir sus fines. En cuanto a las posibles soluciones que le pedía Einstein, intuía que lo que se podía hacer era apenas desplazar las pulsiones agresivas, o bien alentando procesos de fortalecimiento de las ligazones de sentimiento (a través del amor o de las identificaciones), o bien sometiendo la vida pulsional a “la dictadura de la razón”, actitud que consideraba reservada para una élite e inaccesible para las “masas heterónomas”. La conclusión de Freud era que todo lo que favorece el desarrollo

85 Sigmund Freud, “El malestar en la cultura”, en *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras (1927-1931)*, Obras completas, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 2014 [1930], pp. 57-140. [*Das Unbehagen in der Kultur*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1930] Traducción de José Luis Etcheverry.

86 Sigmund Freud, “¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)”, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*, Obras completas, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 2013 [1932], p. 194. [*Warum Krieg?*, Paris, Internationales Institut für Geistige Zusammenarbeit (Völkerbund), 1933] Traducción de José Luis Etcheverry.

cultural trabaja en contra de la guerra.⁸⁷ Más allá de esta atendible sugerencia en términos civilizatorios, a fines de interpretar la violencia política me interesa retener la idea de que los maniqueísmos axiológicos no nos llevarán analíticamente muy lejos porque tienden a simplificar comportamientos de los actores que suelen ser más ambivalentes.

Si sería ingenuo y superficial omitir que muchas veces los sujetos invocan ideas para justificar la satisfacción de sus pulsiones primitivas, otro equívoco simétrico sería inclinarse hacia una excesiva psicologización de lo político. Esto podría facilitar algunos errores y simplificaciones porque al pasar por alto las diferencias entre el mundo privado y el público, y entre los fenómenos individuales y los sociales, se estarían soslayando las dinámicas concretas de las hostilidades políticas y bélicas, así como los saberes específicos que demandan su adecuada comprensión. Aunque me parece importante tener siempre presente la *ultima ratio* de los conflictos suscitados tanto por la vida pulsional como por las pujas de intereses socio-económicos,⁸⁸ una vez adentrados en el análisis de los conflictos políticos y bélicos necesitamos proveernos de categorías teóricas que resulten idóneas para dar cuenta de la dinámica concreta de estos campos específicos.

Un eminente pensador de lo político, que precisamente se ocupó de resaltar la naturaleza específica de este ámbito de la actividad humana, fue el teórico alemán Carl Schmitt.⁸⁹ En su célebre *El concepto de lo político*, de 1927, el jurista sostuvo que la política tiene sus propias reglas y que su dinámica está definida por la dialéctica entre el amigo y el enemigo públicos. Esto la diferenciaba de otros campos como la estética, que se rige por las polaridades de lo bello y lo feo, o la moral, que lo hace con las de lo bueno y lo malo.⁹⁰ En 1963 Schmitt publicó otro libro, titulado

87 Sigmund Freud, “¿Por qué la guerra?...”, cit., pp. 190-198.

88 Aquí fueron aportes decisivos los de Karl Marx y Max Weber. El cruce entre los conceptos weberianos de situación de clase y grupo de status resulta, a mi juicio, teóricamente más rico para comprender la dinámica de lo real-histórico que las categorías más esquemáticas y con mayor vocación normativa del marxismo. Desde luego que esta tradición ha ofrecido versiones múltiples y las más heterodoxas han brindado también herramientas teóricas sugerentes, como las que pueden encontrarse, por ejemplo, y sólo para mencionar un autor significativo, en algunos de los textos de Antonio Gramsci. Sobre los conceptos sociológicos antedichos ver Max Weber, “Clase, status y partido”, en Reinhard Bendix y Seymour Lipset (Eds.). *Clase, status y poder*, tomo I, Madrid, Euramérica, 2012, pp. 87-105.

89 Tanto en lo que refiere a los debates suscitados en torno a su teoría como a su controvertida trayectoria intelectual y política, es copiosa la bibliografía disponible sobre Schmitt. Aunque hay muchos trabajos valiosos, en el plano local una referencia insoslayable son los estudios que sobre el tema hizo Jorge Dotti.

90 Justamente en razón de la especificidad de lo político es, para Schmitt, que el amigo y el enemigo en la esfera pública no tienen por qué coincidir con los del ámbito privado. Quizá convenga reparar en que Schmitt diferenciaba a la política de la moral no porque considerara que una determinada política no pudiera tener fines loables o cuestionables; de hecho, él mismo era partidario de un nacionalismo de cuño populista, conservador y autoritario. Lo que Schmitt identificaba como un peligro era la moralización de lo político, porque desde entonces el enemigo deja de ser objetado en términos políticos y pasa a serlo en su valor mismo como ser humano, lo que conduce a extremar las criminalizaciones. Schmitt sugiere una responsabilidad del liberalismo en tal sentido al justificar

Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político, cuyos conceptos encuentro fundamentales para la intelección de la historia de la irregularidad armada y su imbricación con las luchas políticas.

Como resulta habitual en el desarrollo de la producción intelectual, la teoría del partisano de Schmitt surgió a partir de obras y debates previos. Desde 1955 Schmitt sostuvo un intenso diálogo con el escritor Rolf Schroers a propósito de la figura del partisano, que había tomado notoriedad en la Segunda Guerra Mundial. Schroers publicó en 1961 *Der Partisan. Ein Beitrag zur politischen Anthropologie (El partisano. Una contribución a la antropología política)* y en una carta a Schmitt le agradeció su influencia intelectual, ya que, según afirmaba, sin ella no hubiera contado con “las categorías” para llevar a cabo su trabajo.⁹¹ En su *Teoría del partisano*, que escribió a partir de una serie de conferencias que en 1962 dio sobre el asunto en España, Schmitt se refirió al libro de Schroers como “muy interesante” y “muy importante para nuestro tema”, al mismo tiempo que trazó una diferencia conceptual determinante. Porque mientras Schroers, según Schmitt, definió al partisano atendiendo a su posición clandestina (los resistentes antinazis), para la *Teoría del partisano* el elemento distintivo de esta figura es la irregularidad asociada al compromiso político, más allá de la situación legal en la que se encuentre.⁹²

El partisano queda entonces definido como el combatiente irregular dotado de un alto compromiso político. Este se distingue del “vil ladrón y atracador”, cuyo ejemplo en el derecho marítimo es, indica Schmitt, el del pirata. A todas luces el pirata combate irregularmente y asume un riesgo por cuenta propia, pero lo hace desde un “carácter *apolítico*” que persigue sólo el “interés en el robo y la ganancia personal”. El partisano, por contraste, “lucha en un frente político” y se distingue por la “mayor intensidad del *engagement* político”. Es precisamente el carácter político de su actividad lo que “revaloriza el sentido originario de la palabra *parti-*

guerras bajo esloganes de tipo humanitario, y también en la estrategia perseguida por el revolucionario ruso Vladimir Lenin (por quien Schmitt no deja de mostrar cierta fascinación) al instalar la figura del *enemigo absoluto*. Aunque pueda comprenderse en razón de su ideología, en una omisión que no resiste análisis Schmitt soslaya cualquier referencia a la responsabilidad en la construcción del llamado enemigo absoluto por parte del fascismo, en general, y del nacional-socialismo alemán, en particular. Sobre este y otros temas controvertidos de Schmitt ver Richard Bernstein, “Las aporías de Carl Schmitt”, en Richard Bernstein, *Violencia. Pensar sin barandillas*, Barcelona, Gedisa, 2015, pp. 43-87. [*Violence: Thinking without Banisters*, Cambridge, Polity Press, 2013] Traducción de Santiago Rey Salamanca. En cualquier caso, en línea con lo planteado por Bloch no me intereso para mi análisis histórico en los aspectos prescriptivos de la teoría de Schmitt, sino en su sugestiva conceptualización del partisanismo. Como lo planteó Chantal Mouffe al recuperar el pensamiento de Schmitt para una reflexión desde el liberalismo de izquierda, rechazar los fines de las ideas del jurista alemán no está reñido con nutrirse de la riqueza de algunos de sus desarrollos teóricos. Chantal Mouffe, “Introducción: el desafío de Schmitt”, en Chantal Mouffe –compiladora–, *El desafío de Carl Schmitt*, Buenos Aires, Prometeo, 2011, pp. 11-17. [Chantal Mouffe, *The Challenge of Carl Schmitt*, London, Verso, 1999] No se menciona al traductor.

91 Reinhard Mehring, *Carl Schmitt. Aufstieg und Fall*, München, C.H. Beck, 2009, p. 526.

92 Carl Schmitt, *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Madrid, Trotta, 2013 [1963], p. 35. [*Theorie des Partisanen. Zwischenbemerkung zum Begriff des Politischen*, Berlín, Duncker & Humblot GmbH, 1963] Traducción de Anima Schmitt de Otero.

sano. La palabra se deriva de *partido*, e indica los vínculos con un partido o grupo que lucha o hace la guerra o actúa políticamente de alguna forma. Semejante vinculación a un partido se refuerza en tiempos revolucionarios”.⁹³

Destaco esta definición para la interpretación de los partisanos de distinto signo que intervinieron en las luchas políticas argentinas de los años sesenta y setenta. Aunque algunos obtuvieron beneficios económicos (en los pagos de secuestros de empresarios, en el asalto de bancos, en el robo de automóviles y otros bienes, etc.), así como mantuvieron distintos vínculos con sectores de las fuerzas de seguridad y redes de espionaje, con delinquentes comunes y con negocios ilegales, relaciones poco llamativas en una historia local que ha imbricado con frecuencia lo policial y lo político, lo determinante de los grupos partisanos seguía siendo el compromiso político, aun cuando estos actores cometieran ilícitos colindantes. Cuando un irregular interviene en las luchas políticas persiguiendo meros intereses económicos, y se muestra, por tanto, dispuesto a conchabarse al mejor postor, esta figura se acerca más a la del pirata, y debería hablarse con mayor precisión de un mercenario. Además de la irregularidad y el compromiso político, Schmitt identifica a la movilidad acentuada y al carácter telúrico entre los cuatro criterios definitorios del partisano.⁹⁴ Este último aspecto refiere a una postura defensiva en el suelo patrio, contraria a la orientación cosmopolita de los revolucionarios internacionalistas. Parece sugerente para definir teóricamente la posición de los partisanos del CO, en tanto se trató de un grupo con una ideología nacional, capilarmente arraigado en el territorio, y cuyo tercero interesado era un líder político local, Perón.

El punto de partida histórico de una teoría del partisano es para Schmitt la lucha guerrillera que entre 1808 y 1813 libró el pueblo español contra el Ejército napoleónico. El jurista alemán señala que desde épocas remotas existieron reglas en la guerra y también quienes se mostraron dispuestos a transgredirlas. Sin embargo, en su opinión fue sólo a partir de la organización de los ejércitos modernos napoleónicos que se estableció el parámetro de la regularidad, en contraste con el cual se puede identificar la posición del partisano. “En España”, dice Schmitt, “el guerrillero se libró a una lucha sin salida; un pobre diablo atrevido, el primer caso típico de carne de cañón irregular de las disputas político-mundiales”.⁹⁵ Al calor de esta experiencia, el 12 de septiembre de 1813 Napoleón dio una orden al general Lefèvre, en la que afirmó: “con los partisanos hay que luchar a la manera de los partisanos”.⁹⁶

Schmitt menciona también a la sublevación tirolesa de 1809 y a la guerra partisana rusa de 1812⁹⁷ como ejemplos de “movimientos autóctonos y elementales”

93 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 32-37. Énfasis en el original.

94 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 37-38.

95 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 23-26.

96 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., p. 31.

97 Retratada en *Guerra y paz* por Tolstoi, para quien “el pobre *mujik* inculto y analfabeto es, no solamente más fuerte, sino también más inteligente que todos los estrategas y tácticos, incluso más inteligente que el gran general Napoleón”. Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., p. 30.

de pueblos piadosos provistos de tradiciones religiosas indemnes al “espíritu filosófico de la Revolución Francesa”. O sea que, en este sentido, “eran *subdesarrollados*”. En el *Landsturm*, por el contrario, un edicto prusiano del 21 de abril de 1813 (que ya el 17 de julio resultó modificado para quitarle “los peligrosos aspectos partisanos” y el “dinamismo aqueróntico”), Schmitt encuentra la “consagración filosófica” del partisano por parte de la élite intelectual nacionalista de la capital prusiana de Berlín. Fue allí donde, por un momento, el filósofo Johann Gottlieb Fichte, “militares muy cultos y geniales” como Scharnhorst, Gneisenau y Clausewitz, y poetas como Kleist, otorgaron un “rango histórico y una consagración espiritual” sin la cual no sería posible “una *teoría* política del partisano”, pues hubiese quedado reducido a “mera calificación militar”. “La chispa que en el año 1808 saltó desde España hacia el norte encontró en Berlín una forma teórica que permitió guardar su rescoldo y trasladarlo a otras manos”, sostiene el teórico alemán.⁹⁸

Pasadas las guerras de liberación dominó en Prusia la filosofía de Hegel, que, aunque conservadora, “también conservó la chispa revolucionaria”. Otro salto decisivo para una teoría del partisano acontecería casi un siglo después, cuando, luego de pasar por las manos más teóricas de Karl Marx y Friedrich Engels, el “arma filosófica-histórica” del hegelianismo cayó en manos del ruso Vladimir Lenin, “quien convirtió al marxismo como doctrina en la fuerza histórico-universal que representa hoy día”.⁹⁹ Porque fue Lenin, asegura Schmitt, “el primero que comprendió con plena consciencia al partisano como figura esencial de la guerra civil nacional e internacional”. Esto resultó ya claro en su artículo sobre la guerra de guerrillas de 1906, que para Schmitt era una continuación del *¿Qué hacer?* de 1902, en el que Lenin había avanzado en la conceptualización de la enemistad política y de la figura del revolucionario profesional. Como “conocedor y admirador de Clausewitz”, al leer *Vom Kriege* durante la Primera Guerra Mundial, Lenin tomó apuntes en un cuaderno de notas, conocidos en ruso como *Tetradka*, que “constituye uno de los documentos más extraordinarios de la historia universal e intelectual”. Según Schmitt, Lenin sostuvo allí que “sólo la guerra revolucionaria es guerra auténtica” porque “tiene su origen en la enemistad absoluta. Todo lo demás es juego convencional”. El líder de la Revolución Rusa habría así comprendido la profundidad revolucionaria del partisano quien, en tanto verdadero irregular, es “la negación más fuerte del orden capitalista existente”. Esta coronación por parte de Lenin del pacto entre el partisano y la filosofía, que había tenido sus primeros destellos en Berlín un siglo antes, sentó las bases para una teoría del partisano.¹⁰⁰

Luego del ciclo que va desde Clausewitz a Lenin, Schmitt recorre el que va desde Lenin a Mao, y desde Mao a Salan. El pasaje de Lenin a Mao se dio a través de Stalin, quien en la lucha antinazi puso el mito de la resistencia nacional-patriótica rusa en función de, en palabras de Schmitt, el “plan de agresión mundial del comunismo”. Stalin combinó el elemento telúrico con el cosmopolita, y la “com-

98 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 58-61. Énfasis en el original.

99 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 61-62.

100 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 63-65.

binación de estos dos factores heterogéneos domina hoy la lucha partisana en el mundo entero”, afirma el intelectual alemán en este libro publicado a comienzos de los años sesenta. El señalamiento me interesa porque abre un panorama más amplio de posibilidades entre el partisano cosmopolita y el telúrico en tanto tipos ideales. Estas fórmulas menos puras permiten interpretar más adecuadamente experiencias históricas concretas que, como las de Montoneros y el ERP en la Argentina, parecieron combinar los dos elementos. Para Schmitt la lógica partisana fue llevada a un estado de “perfección ideológica” por Mao, quien, además de un revolucionario profesional como Lenin, fue un teórico de la guerra más agudo porque el partisano estuvo en el centro de su experiencia revolucionaria. La revolución campesina de Mao fue, según la interpretación de Schmitt, liderada por una *élite roja concreta* forjada en una lucha partisana de más de dos décadas. De allí que su revolución china tuvo un “fundamento más telúrico” que la rusa de Lenin, lo que le permitió llevar más lejos que este “la fórmula de la guerra como continuación de la política”, porque “comparado con la concreta realidad telúrica del partisano chino, Lenin es casi abstractamente intelectual en la determinación del enemigo”. Para Schmitt, incluso las crecientes diferencias entre Moscú y Pekín, que entonces comenzaban a evidenciarse, encontraban “su origen más profundo en esta distinta realidad concreta de un auténtico partisanismo”.¹⁰¹

Reviste interés, siempre en un nivel teórico, la comparación entre los generales prusianos de comienzos del siglo XIX, y los generales y coroneles franceses que a mediados del siglo XX conocieron de primera mano la moderna guerra partisana en Argelia, y en “los bosques, junglas y campos de arroz” de Indochina entre 1946 y 1956. Cada uno, a su modo y en su contexto, que Schmitt advierte “sería un disparate” homologar, sacó conclusiones de las acciones de los partisanos. Schmitt asegura que, de hecho, aunque ya podía basarse en Mao, Salan leyó la literatura de la guerrilla española contra Napoleón.¹⁰² Recordemos que este ya había aconsejado luchar contra los partisanos como partisanos, y Salan llevó la lógica de esta vieja frase tan hasta el final que él mismo se transformó en un partisano.¹⁰³ Schmitt cita una frase de Ernesto “Che” Guevara sobre el partisano como un “jesuita de la guerra” para resaltar “la incondicionalidad” del “arrojo político” que distingue a esta figura. Según su interpretación, la Organización del Ejército Secreto (OAS) pasó en cambio desde el partisanismo al mero terrorismo, en la medida que fue perdiendo relación con lo que llama un *tercero interesado*, que es lo que define la relación con la regularidad y con lo político. Esto mantiene al irregular en su condición de partisano y no de simple criminal.¹⁰⁴

101 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 67-72. Es sugestivo advertir que unos años después Perón en *La hora de los pueblos* (1968) destacó el carácter nacional del proyecto de Mao, al que distinguió positivamente de lo que llamaba el “comunismo internacional dogmático”.

102 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 73-77.

103 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 90.

104 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., pp. 98-99.

Lo que me parece más sugerente del caso es el juego de espejos que suele darse entre los revolucionarios y los represores cuando ingresan en la trama del partisanismo. Los procedimientos irregulares e ilegales que se fueron transformando en los predilectos de las fuerzas regulares argentinas pueden hallar algún principio explicativo en esta lógica, al menos en lo que hace al costado político-militar de la cuestión. La deriva de Salan, que procuró “convertir un ejército regular en una organización partisana”,¹⁰⁵ y devino un terrorista al no lograrlo, quizá revele la lógica en la que recayeron algunos militares argentinos no casualmente influenciados por las doctrinas francesas de guerra contrarrevolucionaria. La reestructuración de la Armada que, por ejemplo, durante la última dictadura militar ensayó el almirante Eduardo Massera al romper la cadena de mandos y diseñar un dispositivo clandestino paralelo, resulta sintomática al respecto.¹⁰⁶

Los trazos fundamentales de la teoría de Schmitt han quedado expuestos. A lo largo del presente libro retomaré otros planteos de su teoría a fines de analizar distintos discursos y hechos en la Argentina de los años sesenta y setenta. Como lo anticipa el título de este apartado, me propongo realizar un uso de la teoría del partisano para un análisis histórico concreto. Una sugerencia en este sentido hizo Carlos Altamirano, al señalar que “la gran apuesta” de Montoneros consistió en “insertarse como *partisanos* en la dicotomía peronismo/antiperonismo”.¹⁰⁷ Pareciera que fue sobre todo esta apuesta la que le otorgó envergadura histórica a la experiencia montonera. Si los jóvenes hubiesen asumido la identidad peronista sin acompañarla con una práctica partisana probablemente no hubieran marcado una diferencia, y tampoco me parece que lo hubieran logrado si hubiesen desarrollado una acción irregular desprovista de vínculos con el principal movimiento político de masas en la Argentina del siglo XX. Estas digresiones contrafácticas me sirven para resaltar la dimensión de lo que sí ocurrió: la combinación entre partisanismo y peronismo le dio al montonismo su proyección como un fenómeno relevante en la historia política local. El peronismo no era sin embargo un significante vacío, sino un movimiento político con un complejo de instituciones y actores que defendían su clásico doctrinarismo. Estos se mostraron pocos predispuestos a asimilar las innovaciones impulsadas por la nueva generación de jóvenes que bregaban por reorientar el populismo hacia una posición socialista. Algunos de estos actores del peronismo tradicional, como el CO, eran también partisanos dispuestos a combatir irregularmente contra la izquierda armada.



105 Carl Schmitt, *Teoría del partisano...*, cit., p. 93.

106 Claudio Uriarte, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Buenos Aires, Planeta, 2011 [1992].

107 Carlos Altamirano, “Montoneros”, en Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura...*, cit., 155. Énfasis en el original.

Para finalizar la introducción indico que el libro se encuentra organizado en tres partes y seis capítulos. En los dos primeros capítulos de la primera parte, que se titula “Los largos sesentas”, reconstruyo la historia del CO desde su fundación a partir de trayectorias provenientes de las redes originarias de la Juventud Peronista (JP) hasta el año 1972, cuando la agrupación pasó de una alianza táctica a un conflicto inicial con los sectores alineados con los emergentes Montoneros. En los dos capítulos correspondientes a la segunda parte, titulada “El partisanismo setentista”, analizo las luchas políticas entre las organizaciones de cuadros del peronismo durante el trienio 1973-1976. Finalmente, en la tercera parte, “Dimensiones ideológicas y socio-culturales entre la historia y las memorias”, planteo las principales conclusiones a las que arribé a partir de un análisis de la identidad y la visión del mundo del CO.